Año II ¡Proletarios de todos los países, unios! Núm. 17

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España
(Sección Española de la Oposición Comunista Internacional)

OCTUBRE 1932

SUMARIO

Págs.

EDITORIALES: De mes a mes, por la *Redacción*..... 1

¿Alianza o combate entre la socialdemocracia y el fascismo?, por *L. Trotsky*..... 8

El Congreso contra la guerra y la Oposición Comunista de Izquierda..... 12

La bandera de Lenin y la «ligereza» staliniana ante la guerra, por *M. Vela*..... 18

A los obreros afiliados a la U. G. T., a los trabajadores en general, por *El Comité Ejecutivo*..... 22

Ante el Congreso del Partido Socialista español, por *Dionisio Luna*..... 24

Otra crisis en el Partido Comunista español, por *Emilio Ruiz*..... 28

¿Viraje o compromiso?, por *Henri Lacroix*. 31

Por un nuevo viraje: La crisis de la economía soviética, por *N. M*..... 35

Acerca del conflicto paraguayoboliviano, por *A. Gallo*..... 40

Tesis sindical de la Izquierda Comunista Española..... 43

Número suelto: 75 céntimos

Toda la correspondencia al Apartado 918-Madrid

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España

La correspondencia al Apartado 918 - MADRID

Precios de suscripción:

España, Portugal y América.. Un año: 8 ptas. Seis meses: 4 ptas.

Demás países..... Un año: 12 ptas. Seis meses: 6 ptas.

Los giros al administrador, F. García Lavid

Cabeza, 30. MADRID

Servicio de librería

Repetidas veces nos hemos dirigido a nuestros camaradas y lectores rogándoles que todos los pedidos de libros los hagan por mediación de nuestro servicio de librería. Encontrarán con ello una rebaja, puesto que no tenemos por costumbre cobrar el importe del reembolso, como hacen todos los libreros y editores, y contribuirán al sostenimiento de nuestra Revista con el beneficio que deja la venta de librería. Esta es una fuente de ingresos que nos ayuda económicamente a sufragar las atenciones de nuestra Prensa y propaganda.

Desgraciadamente, nuestro ruego sólo ha sido atendido por un reducido número de camaradas. Hay muchos camaradas que por abulia prefieren adquirir las obras de que tienen necesidad en cualquier librería de su localidad. Nos dirigimos a ellos nuevamente para que, atendiendo nuestro ruego, no adquieran más libros que aquellos que le sirva nuestro servicio de librería. Pero no deben limitarse a esto; deben aconsejar a sus amigos y conocidos que adquieran las obras en nuestro servicio de librería. Pueden tener la absoluta seguridad de que serán mejor servidos y más rápidamente que por cualquier librería burguesa. Aquel camarada que una vez se ha dirigido a nosotros haciéndonos un pedido de libros, se ha convertido en un cliente permanente.

Igualmente, cuando se trate de adquirir libros para cualquier biblioteca obrera, deben hacer que se nos pidan a nosotros las obras. Cuando el pedido sea de alguna consideración hacemos descuentos especiales. También nos encargamos de hacer presupuestos y de formular listas de obras de carácter social.

Toda la correspondencia debe dirigirse a: F. García, Apartado 918, Madrid. Y los giros a: F. García, Cabeza, 30, Madrid.

(3)

EDITORIALES

DE MES A MES

Si toda la actuación gubernamental del socialismo español no hubiera sido suficientemente elocuente para demostrar su servilismo hacia la clase burguesa y su odio a los trabajadores revolucionarios, las sesiones del Congreso que se está celebrando cuando escribimos estas líneas han sido bastante concluyentes. El interés de clase del proletariado ha estado ausente de todas las deliberaciones. La principal preocupación de todos los delegados y elementos directivos ha sido el estudiar de qué manera pueden servir mejor los intereses de la clase burguesa. Los problemas se han planteado teniendo en cuenta, no los intereses de clase del proletariado, sino las conveniencias de la burguesía «republicana». Los ministros han sido los encargados de velar más celosamente que nadie por el mantenimiento de la colaboración con la burguesía. Es natural que, dada la composición social general de los delegados, la opinión de «los camaradas ministros» prevaleciese. Seguramente, ni un 5 por 100 de los delegados eran obreros que trabajen en sus cargos. La inmensa mayoría estaba integrada por diputados, directores generales, concejales, miembros de Comités paritarios, de Comisiones especiales, etc., etc., o sea de esos elementos que con un gran sentido popular denomina la gente *enchufistas*. Aunque de procedencia obrera muchos de ellos, han perdido toda conciencia de clase y se han adaptado al régimen capitalista, al que están unidos por múltiples sinecuras. Es el primer Congreso en que el partido se presenta siendo un partido de gobierno; pero no es sólo esto: se presenta también con un serio balance de traiciones y de crímenes contra la clase trabajadora. Las manos de sus dirigentes están manchadas de sangre obrera. Han merecido bien del capitalismo y la execración de los trabajadores honrados.

* * *

Pero lo que nos da más sensación del grado de degeneración

en que ha caído el socialismo español, como toda la socialdemocracia internacional, es el hecho de que en el Congreso socialista ni siquiera se haya levantado una voz que, en forma más o menos acertada, hablase en nombre de los intereses de clase del proletariado. Era una asamblea de burócratas sindicales y de las organizaciones colaboracionistas de la burguesía. Hoy día, los socialistas constituyen una garantía de la conservación del régimen capitalista, para lo cual no escatiman ni los asesinatos ni las persecuciones contra la clase trabajadora revolucionaria. Recientemente, el ministro Albornoz se expresaba en estos términos sobre los socialistas: «No se explica cómo hay burgueses que consideren una necesidad el abandono del poder por los socialistas. No puede ser motivo el temor a la presencia de un Fernando de los Ríos, ni de un Prieto, ni de un Largo Caballero. Al contrario, todo conservador sensato debe defender esa colaboración, pues el socialismo es hoy la única y positiva fuerza conservadora que hay en el mundo.» Es decir, la salvaguardia contra la revolución social reside hoy día en la acción de los socialistas desde el Poder y desde los organismos de colaboración. Cuando ellos quieren justificarse diciendo que hacen una labor revolucionaria desde el Poder, el presidente del Consejo, Sr. Azaña, dice, como en el Congreso de Santander: «El Gobierno no ha hecho ni ha pensado hacer una política socialista.» Se ha precisado un ministro socialista en Obras Públicas para que denegase de una manera brutal los aumentos a los obreros ferroviarios; hasta que ha habido un ministro socialista al frente del departamento de Trabajo no se ha llevado a cabo un atentado tan grave contra el derecho de asociación y de reunión como el que supone la ley de 8 de abril.

* * *

El discurso pronunciado por el Sr. Azaña en Santander ha ocupado durante días y días la atención de toda la Prensa burguesa española. Se le ha concedido el carácter de gran acontecimiento político, como antes ya se concedió idéntica importancia a su entrada triunfal en Barcelona. Se ha definido su discurso como un programa de concentración de las llamadas fuerzas de izquierda republicana. En realidad, con su discurso, el jefe de Acción Republicana lo que ha querido ha sido lanzar los fundamentos de una coordinación de los elementos contrarrevolucionarios, es decir, de los partidos que se disponen a liquidar las conquistas de la revolución iniciada el 14 de abril. Después del movimiento del 10 de agosto, y a pesar de algunas medidas de carácter demagógico, que en la práctica quedarán incumplidas,

los partidos republicanos se esfuerzan por arrancar a los elementos monárquicos su base social, es decir, el gran capitalismo agrario, garantizándoles sus privilegios dentro del régimen republicano. Para ello no hay otra salida para los republicanos que liquidar la revolución y extremar las medidas represivas contra la clase trabajadora. La persecución de que desde hace meses se hace objeto a los obreros conoce pocos antecedentes en el pasado. Entiende la burguesía republicana por «estabilización del país» el conservar y aumentar, si es posible, los privilegios de las clases parasitarias.

* * *

A medida que se acerca el invierno, la miseria más espantosa amenaza los hogares proletarios, y, principalmente, los campesinos. El hambre espantosa reinante en el campo, la falta de trabajo y los pocos días que duró la faena para los que hallaron tajo en la recolección sume a la clase trabajadora en la mayor desesperación. El obrero del campo, en Badajoz, es explotado de una manera mucho más bárbara que ningún otro trabajador español. Adormecido por el socialismo, el campesino extremeño no había despertado a la lucha de clases hasta muy recientemente. Pero, anhelantes de pan y trabajo, no pueden ver transcurrir el tiempo los campesinos de Badajoz, dejándose morir de hambre; están dispuestos a defender su derecho a la vida, sea como sea. Los bomberos de todo conflicto social, es decir, los socialistas, tratan de predicar la resignación, que ellos sí pueden tener porque no sienten la mordedura del hambre. Los Vidarte y Margarita Nelken son los encargados del estrangulamiento de las reivindicaciones de los campesinos de Badajoz. A pesar de ello, los campesinos de Llerena, Berlanga, Maguilla, etc., etc., no están dispuestos a morirse de hambre ante la perspectiva de un invierno que se presenta con caracteres verdaderamente trágicos. En dichos pueblos, los campesinos actúan bajo la influencia directa de la Oposición Comunista. Todas las organizaciones campesinas del distrito de Llerena cuentan en su dirección únicamente con elementos oposicionistas. Contra nuestros camaradas va dirigido todo el odio de la burguesía y de sus servidores, y principalmente contra nuestro camarada Luis Rastrollo, que ha puesto todo su entusiasmo y revolucionarismo al servicio de aquellos explotados de la tierra. La burguesía de Llerena y su distrito se dispone, en franca colaboración con los socialistas, a ahogar y reprimir violentamente aquel movimiento. Lo mismo que en sus luchas revolucionarias, los campesinos de Villanueva de Córdoba, Villa de Don Fadrique, etc., etc., contaron con la solidaridad de los

trabajadores de la ciudad, esta solidaridad no puede faltarlos en este momento a los trabajadores de Llerena.

* * *

Un hecho más viene a confirmar la necesidad imperiosa que siente la Izquierda Comunista de contar con un periódico para llevar desde él la campaña diaria en favor de los intereses de clase del proletariado. Nos referimos a los sucesos de Llerena. Compañeros pertenecientes a nuestra organización son los campesinos de Llerena que denodadamente luchan en estos momentos contra todas las fuerzas coaligadas de la burguesía y de los socialistas. Hemos de ver seguramente cómo el partido oficial, por el hecho de que aquellos trabajadores escapan a su control político, no les prestarán en su Prensa y en sus actos la solidaridad que merecen como explotados del capital. Es triste, pero es así, que el sectarismo llegue en ocasiones a cometer estos verdaderos crímenes morales. Si la Izquierda Comunista hubiera dispuesto de medios, los hubiera puesto resueltamente en esta ocasión al servicio de los intereses y de las luchas de aquellos campesinos. Pero la modestia de nuestros medios no nos lo ha permitido. Un órgano semanal o quincenal nos hubiera permitido seguir de cerca y ampliamente las luchas de aquellos trabajadores, que, aun conscientes de la poca solidaridad que podemos ofrecerles en la actual etapa del desarrollo de nuestra organización, no vacilan en seguir nuestros puntos de vista políticos. Las necesidades de la política nacional, unidas a las inmensas posibilidades de crecimiento que la situación de la Internacional ofrecen a nuestra organización, hacen más preciso que nunca que la Izquierda Comunista cuente con un periódico quincenal, ya que nuestras experiencias pasadas nos han hecho ver la debilidad de nuestra capacidad económica. Sabemos que esto no es tarea fácil de realizar; pero nada debe haber tampoco difícil para verdaderos revolucionarios. Con nuestro propio esfuerzo, sin apoyo exterior alguno, durante más de un año hemos podido realizar una excelente labor para dar a conocer nuestros puntos de vista. Actualmente, nuestra organización se ha desarrollado bastante, y contamos, aproximadamente, con mil trescientos miembros cotizantes. Si en el pasado un escaso núcleo, con su solo esfuerzo, pudo llevar a cabo la labor realizada, nuestra organización actual puede hacer mucho más.

* * *

En el Partido Comunista ruso se inicia la más profunda y grave crisis de su historia. La situación interior, a consecuencia de

las dificultades económicas, se intensifica y refleja en el interior del Partido. Sin embargo, no es esto sólo: la crisis de la sección más importante, y que de hecho tiene el control absoluto de la Internacional Comunista, se proyecta también sobre este organismo. A su vez, la crisis se agrava por los errores alemanes y, en general, por las faltas fundamentales de toda la política staliniana en las secciones nacionales. A pesar de la necesidad imperiosa de resolver todos estos problemas por medio de un Congreso de la Internacional, éste no se convoca, es saboteado por la fracción dirigente. Han transcurrido exactamente cuatro años desde que se celebró el VI Congreso de la Internacional. La tarea más inmediata de los comunistas que deseen salvar de todo posible peligro el curso de la revolución proletaria mundial debe ser el librar campaña cerca de sus organismos dirigentes para obtener la convocatoria del VII Congreso de la Internacional Comunista. Este Congreso no puede celebrarse sin la intervención en él de la Oposición Comunista; para ello es preciso, primeramente, que todos los camaradas rusos presos o deportados sean puestos en libertad. La importancia de la situación es tal, que no puede eludirse dicha convocatoria. Hay que devolver a la actividad política a Rakovsky, Sosnovsky, Muralov y a los ocho mil oposicionistas deportados en Siberia; hay que reintegrar al suelo ruso al camarada bajo cuya dirección, y conjuntamente con Lenin, el proletariado soviético alcanzó sus mayores triunfos y victorias. El aparato staliniano, ante el actual resquebrajamiento de su autoridad, recurre a su método favorito: la represión. La Prensa burguesa nos ha transmitido la información, que noticias posteriores parecen confirmar, que han sido excluídos nuevamente del Partido ruso Zinovief, Kamenef y algunos otros de los capituladores de 1928. Es triste la suerte que el destino reserva siempre a todos los cobardes políticos, como a los recientemente excluídos; pero es más triste aún que en un partido eleve a sistema toda crítica política fundada que pueda elevarse contra sus directores. Es preciso un reagrupamiento, tanto en el Partido ruso como en las demás secciones nacionales, de todos los elementos excluídos por delitos de opinión; es preciso también estudiar y discutir a fondo todos los graves problemas que tiene planteados la revolución mundial. Esto sólo puede llevarse felizmente a cabo con la celebración de un Congreso de la I. C. ¡Que son cuatro años sin Congreso!

* * *

El plan quinquenal en cuatro años termina ahora, en octubre, y es menester que el proletariado, y sobre todo los comunis-

tas, se formen idea clara de sus resultados. Precisamente desde hace unas semanas empieza la Prensa burguesa a alborotarse hablando del «fracaso del plan quinquenal», y es seguro que lo hace con la sana intención de demostrarnos los éxitos y las virtudes del sistema capitalista. De lo que sea el plan quinquenal y el socialismo la burguesía no tiene la menor noción, o tiene una noción fantástica, que es todavía peor que no tener noción ninguna. Por eso el proletariado debe estar precavido contra el balance y las consideraciones económicas y sentimentales que sobre el plan quinquenal haga la Prensa burguesa. Los resultados del plan quinquenal hay que examinarlos con un criterio comunista y sin tener para nada en cuenta los fantásticos garabatos del periodismo burgués. Por lo demás, la burocracia stalinista ha dado del plan quinquenal una versión tan absurda y favoreció de tal modo todo género de ilusiones, aun las más disparatadas, que son muy pocos los que tienen idea clara de lo que se podía esperar del plan quinquenal y puedan juzgar con criterio firme sus resultados. El plan quinquenal era un ídolo que había que adorar, y el menor reparo u objeción que se hiciera respecto a él era inmediatamente considerado como una herejía. Con la versión que nos daba la burocracia stalinista era muy difícil saber en qué se distinguiría, al terminarse el plan quinquenal, la tierra del cielo.

* * *

Esa actitud fetichista ante el plan y las ilusiones absurdas que sobre él concibieron, dará origen, desde luego, a una gran desilusión al ver sus resultados reales. Las desilusiones sólo se pueden evitar no haciéndose ilusiones. Pero se requeriría un temple heroico para atreverse a hacer una objeción al plan quinquenal. En lugar de la posición crítica que debe tener siempre el comunista, se adopta, en general respecto a la U. R. S. S., pero muy particularmente respecto del plan, una posición supersticiosa e incomprensiva que repugna toda crítica. Del plan quinquenal no cabía esperar los resultados que oficialmente se anunciaban—que si al terminarse, Rusia iba a alcanzar el nivel industrial de los países capitalistas más desarrollados, etc., etc. Con el plan quinquenal el nivel industrial de Rusia ha subido considerablemente, y ello ha demostrado las ventajas de la economía planificada. Con sólo sus recursos se está organizando una economía socialista en la U. R. S. S. a una marcha que nunca se ha visto en la historia de la Humanidad. Cualesquiera que sean los defectos habidos en la ejecución y en la concepción misma del plan, el éxito de conjunto que supone no habrá quien pueda negarlo. Si hoy la

U. R. S. S. padece una seria crisis económica es, precisamente, por haberse excedido en los objetivos que debiera proponerse el plan quinquenal. Pero el desarrollo en proporciones enormes de las fuerzas productivas de la U. R. S. S. en el plazo de estos cuatro años es un hecho que no tiene más que una explicación: la ventaja de los métodos socialistas de producción sobre los métodos capitalistas.

* * *

Las críticas de la Oposición de Izquierda desde que el Partido Comunista ruso adoptó la política de industrialización en grande —por lo que venía luchando—, se dirigió contra las marchas forzadas a que se pretendía llevar el plan quinquenal. Nosotros asegurábamos que la crisis era inevitable, y, por desgracia, los hechos han confirmado nuestra crítica. El plan quinquenal en cuatro años—teniendo en cuenta los enormes ritmos de crecimiento que ya tenía el plan—exigía el someter a todas las fuerzas productivas del país a la máxima tensión. Entre ellas está, naturalmente, la clase obrera. De ahí que se diera el caso de que a medida que se hacían mayores las necesidades del plan haya ido empeorando la situación de la clase obrera. Este es un punto fundamental que nos interesa destacar y obliga a retroceder y moderar la marcha de la industrialización. Otra cuestión igualmente importante es el desequilibrio enorme y las consiguientes pérdidas—que ha producido en el conjunto de la economía el plan quinquenal a marchas forzadas. Como todas las ramas de la economía se interdependen, y los cálculos que se hagan en un lado descansan en el supuesto de obtener determinados resultados en tal otro, se desorganiza todo el sistema si hay fallos considerables en varios puntos. Este ha sido el caso. Por eso no ilustran nada las indicaciones de la Prensa comunista oficial cuando dice en qué dominio se ha cumplido el plan y cuáles no. Porque estos hechos no pueden mirarse aisladamente. Actualmente, la retirada se impone. El plan quinquenal ya nunca debió pretender más de lo que podía conseguir. Se impone la retirada, y se está efectuando ya. Lo malo es que si la burocracia dirige las operaciones convertirá la retirada en huida catastrófica.

¿Alianza o combate entre la socialdemocracia y el fascismo? (1)

Es relativamente sencillo comprender las relaciones de clase bajo la forma de un esquema establecido de una vez para siempre. Infinitamente más difícil es apreciar las relaciones concretas de clase en cada caso dado. Actualmente, la gran burguesía alemana oscila; estado que, en general, raramente experimenta la gran burguesía. Una de sus partes ha llegado definitivamente a la concepción de que la vía fascista es inevitable, y quiere acelerar la operación. Otra parte espera poder dominar la situación por medio de la dictadura bonapartista, militar-policíaca. En este campo nadie piensa en la vuelta a la «democracia» de Weimar.

La pequeña burguesía está dividida. El nacionalsocialismo, que ha reunido bajo su bandera a la mayoría aplastante de las clases medias, quiere tomar todo el Poder en sus manos. El ala democrática de la pequeña burguesía, que arrastra aún millones de obreros, desea la vuelta a una democracia de tipo Ebert. Durante la espera está dispuesta a soportar, pasivamente al menos, la dictadura bonapartista. La socialdemocracia calcula de la siguiente forma: Bajo la presión de los *nazis*, el Gobierno Papen-Schleicher se verá obligado a establecer un equilibrio, fortificando su ala izquierda; mientras tanto quizá se produzca una atenuación de la crisis; además, quizá la pequeña burguesía comience a «espabilarse»; el capital quizá suavice su furiosa presión sobre la clase obrera; con la ayuda de Dios, todo será puesto en orden.

La camarilla bonapartista no desea, efectivamente, la victoria completa del fascismo. No se opondría a la explotación en ciertos límites del apoyo de la socialdemocracia. Para ello debería, sin embargo, «tolerar» a las organizaciones obreras, lo que no se podría realizar más que permitiendo, hasta un cierto grado al menos, la existencia

(1) Este trabajo es uno de los capítulos del nuevo folleto del camarada Trotsky, que en breve se publicará en español, titulado *El único camino*. Este folleto es una nueva aportación del camarada Trotsky al estudio del desenvolvimiento de la revolución alemana. Mientras la Internacional Comunista permanece muda, y su jefe Stalin no ha dicho desde hace varios meses nada respecto a la política alemana y a la táctica que debe seguir el proletariado de aquel país, la Oposición Comunista de Izquierda, desde el comienzo del desarrollo del fascismo alemán, viene consagrando a aquellos acontecimientos toda su atención. Trotsky sigue la tradición de la Internacional Comunista en vida de Lenin, en que los jefes más caracterizados del Partido ruso seguían de cerca la política revolucionaria de los demás países y ofrecían a los Partidos Comunistas la orientación de su experiencia y de su clarividencia política. A través de toda la literatura publicada por la Oposición de Izquierda sobre la cuestión alemana, se puede ver una interpretación justa de los hechos. De poco servirá que la burocracia stalinista cubra nuestras críticas con alaridos y difamaciones. La Historia, siempre insobornable, se encargará de decir de qué lado está la razón.

legal del Partido Comunista. Buscando un apoyo contra el demonio gris, el Gobierno caería en seguida bajo los golpes de los Belzebús rojos.

La Prensa comunista oficial explica que la tolerancia de Brüning por la socialdemocracia ha preparado el camino a Papen y que la semitolerancia hacia Papen aclara la llegada de Hitler. Esto es completamente justo. Hasta aquí no hay divergencia alguna entre nosotros y los stalinianos. Pero precisamente esto significa que en una época de crisis social, la política del reformismo no solamente perjudica a las masas, sino también al mismo reformismo. En este proceso ha llegado ahora el momento crítico.

Hitler tolera a Schleicher. La socialdemocracia no se opone a Papen. Si esta situación se asegurara por largo tiempo, la socialdemocracia se transformaría en el ala izquierda del bonapartismo y dejaría al fascismo el puesto de ala derecha. Teóricamente no está, naturalmente, excluído el que la crisis actual, sin precedentes, del capitalismo alemán no conduzca a una solución decisiva; es decir, que no termine ni con la victoria del proletariado, ni con el triunfo de la contrarrevolución fascista. *Si* el P. C. prosigue su política de ultimatismo estúpido y salva de esta forma a la socialdemocracia de la inevitable disgregación; *si* Hitler no se decide en un período próximo a dar el golpe, y provoca, como consecuencia, la descomposición ineluctable de sus propias filas; *si* la coyuntura económica se supera antes de que Schleicher caiga, la combinación bonapartista del art. 48 de la Constitución de Weimar, de la Reichswehr, de la semioposición socialdemócrata y del fascismo semiopuesto, podría quizá mantenerse (hasta un nuevo choque social, con el que, en todo caso, habría que contar pronto). Tal concurso feliz de condiciones, que constituye el objeto de los sueños socialdemócratas, está aún, por el momento, lejos. No está nada asegurado. Los stalinianos tampoco creen en la solidez y estabilidad del Gobierno Papen-Schleicher. Todo se manifiesta por la ruptura del triángulo Wels-Schleicher-Hitler antes de que haya podido constituirse verdaderamente. ¿Pero podrá ser reemplazado por la combinación Hitler-Wels? Según Stalin, «no son enemigos, sino gemelos». Admitamos que la socialdemocracia, sin temer a sus propios obreros, quisiera vender su tolerancia a Hitler. Pero el fascismo no tiene necesidad de esta mercancía, no tiene necesidad de tolerar a la socialdemocracia, sino de abolirla. El Gobierno de Hitler no puede realizar su misión más que después de haber destrozado la resistencia obrera y vencido a todos los órganos posibles de tal resistencia. En esto reside la función histórica del fascismo.

Los stalinianos se limitan a una apreciación psicológica o, más exactamente, moral de estos pequeñoburgueses cobardes y avaricioso que dirigen la socialdemocracia. ¿Puede admitirse que estos traidores declarados se separen de la burguesía y se opongan a ella? Tal medida idealista tiene poco de común con el marxismo, que no parte de lo que las gentes piensan por sí y de lo que desean, sino, ante todo, de las condiciones en las cuales están colocadas y de cómo cambiarán estas condiciones. La socialdemocracia apoya el régimen burgués no por las ganancias de los magnates del carbón, del acero, etcétera, sino por las ganancias que la tocan como partido, en la persona de su aparato numeroso y potente. El fascismo no amenaza, sabido es, en forma alguna al régimen burgués, a cuya defensa está consagrada la socialdemocracia. Pero el fascismo amenaza este papel que la socialdemocracia cumple en el régimen burgués, los ingresos que percibe por cumplir su misión. Si los stalinianos olvidan este

lado del problema, la socialdemocracia no pierde un momento de vista este peligro mortal que la amenaza—no a la burguesía, sino precisamente a ella, a la socialdemocracia—con la victoria del fascismo.

Cuando mostrábamos hace unos tres años que el punto de partida de la crisis política que se aproximaba en Austria y en Alemania se constituiría, según todas las probabilidades, por la incompatibilidad del fascismo y de la socialdemocracia; cuando sobre esta base rechazábamos la teoría del socialfascismo, que no esclarecía, sino que enmascaraba los conflictos próximos; cuando preveíamos de que una importante parte del aparato socialdemócrata sería empujada por los acontecimientos a luchar contra el fascismo y que esto daría al Partido Comunista un punto de partida favorable para la ofensiva ulterior, muchos comunistas—no solamente burócratas pagados, sino también revolucionarios muy honrados—nos acusaron... de idealizar a la socialdemocracia. No podíamos hacer más que encogernos de hombros. No es fácil discutir con gentes cuyo pensamiento se detiene allí donde para los marxistas el problema comienza solamente.

He empleado muchas veces en conversaciones el ejemplo siguiente: La burguesía judía de la Rusia zarista constituía una parte extremadamente asustada y desmoralizada de la burguesía rusa. Pero, sin embargo, por lo mismo que los progromos de los «cien-negros», que se dirigían principalmente contra los judíos pobres, alcanzaban también a la burguesía, ésta se veía obligada a recurrir a la autodefensa. Ciertamente tampoco en este terreno dió pruebas de un valor notable. Pero ante el peligro, cerniéndose sobre su cabeza, los burgueses judíos liberales recogieron, por ejemplo, sumas apreciables para el armamento de los obreros y de los estudiantes revolucionarios. De esta forma se produjo un acuerdo práctico momentáneo entre los obreros más revolucionarios, dispuestos a combatir con las armas en la mano, y el grupo burgués más asustado.

Escribí el año pasado que los comunistas, en la lucha contra el fascismo, se verán obligados a llegar a un acuerdo práctico no solamente con el diablo y su abuela, sino hasta con Grzesinsky. Esta frase recorrió toda la Prensa stalinista mundial. ¿Podía encontrarse una prueba mejor del «socialfascismo» de la Oposición de Izquierda? Algunos camaradas me advirtieron por adelantado: «Se agarrarán a esta frase.» Yo les respondí: «También está escrita para que se agarren a ella. Que se agarren solamente a clavos ardiendo y que se quemen en ellos los dedos. Estos bobos necesitan una lección.»

El curso de la lucha ha llevado a Papen a hacer conocer a Grzesinsky la prisión. ¿Cuadra este episodio con la teoría del socialfascismo y los pronósticos de la burocracia staliniana? No; los contradice completamente. Sin embargo, nuestra apreciación de la situación había previsto tal posibilidad y la había asignado un determinado lugar. Pero la socialdemocracia ha rehuído el combate una vez más, nos replicará el staliniano. Sí; le ha rehuído. Quien esperaba que la socialdemocracia emprendiera independientemente el combate bajo la iniciativa de sus jefes, y más aún en condiciones en que el mismo P. C. se ha manifestado incapaz de luchar, éste, evidentemente, tenía que recibir una desilusión. Nosotros no esperábamos tales milagros. He aquí por qué no podíamos exponernos a una «desilusión» con la socialdemocracia.

Grzesinsky no se ha transformado en un tigre revolucionario; lo creemos de buena gana. ¿Pero, sin embargo, hay alguna diferencia entre la situación en que Grzesinsky, asentado en su fortaleza para la defensa de la «democracia», enviaba contra los obreros revolucionarios los destacamentos de Policía, y esta otra situación, en que el mismo salvador bonapartista del capitalismo aprisiona al mismo Grzesinsky? ¿No debemos estimar políticamente esta diferencia y explotarla? Volvamos al ejemplo citado más arriba; no es difícil notar la diferencia entre el fabricante judío que da una propina a la Policía zarista que golpea a los huelguistas de su fábrica y el mismo fabricante dando dinero a los huelguistas de la ciudad para la adquisición de armas contra los progromistas. El burgués sigue siendo el mismo. Pero de la diferencia de la situación dimana una diferencia de actitud. Los bolcheviques dirigían la huelga contra el fabricante. Más tarde recibían dinero del mismo fabricante para la lucha contra los progromos. Naturalmente, esto no impidió a los trabajadores, cuando llegó la hora, el dirigir sus armas contra la burguesía.

¿Significa todo lo dicho que la socialdemocracia, en su conjunto, combatirá al fascismo? A esto respondemos: Una parte de los funcionarios socialdemócratas se pasará indudablemente al fascismo; una parte considerable se esconderá debajo de la cama. La masa obrera tampoco combatirá en su totalidad. Adivinar de antemano qué parte de los obreros socialdemócratas serán arrastrados a la lucha y cuándo, y qué parte del aparato arrastrarán con ellos, es totalmente imposible. Esto depende de muchas cosas, entre ellas de la manera de obrar del P. C. La política de frente único tiene por finalidad destacar los que quieren combatir de los que no quieren; empujar hacia adelante a los que vacilan; en fin, comprometer a los dirigentes, dispuestos a capitular, ante los ojos de los obreros y fortalecer así la combatividad de éstos.

¡Cuánto tiempo se ha perdido inútilmente, tontamente, vergonzosamente! ¡Cuánto podía haberse alcanzado sólo en estos dos últimos años! ¿No estaba completamente claro con antelación que el capital monopolizador y su ejército fascista empujarían a la socialdemocracia con el puño y la matraca al camino de la oposición y de la autodefensa? Se debía haber desarrollado esta perspectiva ante el conjunto de la clase obrera; haber tomado sobre sí la iniciativa del frente único y en cada nueva etapa mantener firmemente esta iniciativa; no haber gritado ni aullado. Se podía llevar serenamente un juego descubierto. Habría bastado con formular con claridad y precisión la inevitabilidad de cada paso próximo del enemigo y con establecer un programa de frente único sin exageración ni puja, y también sin debilidad ni concesión. Que alto estaría hoy el Partido Comunista si se hubiera apropiado el «a b c» de la política leninista y si le hubiera aplicado con la perspectiva necesaria.

L. TROTSKY.

En nuestro próximo número estudiaremos ampliamente los resultados del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores.

El Congreso contra la guerra y la Oposición Comunista de Izquierda

DECLARACION DE LOS GRUPOS DE OPOSICION

El peligro de una nueva guerra mundial es cada día más evidente. Las causas de este peligro han sido ya puestas al desnudo por el marxismo de una manera irrefutable. Desde hace mucho tiempo, las fuerzas productivas de la Humanidad han aumentado, sin respetar ni los marcos de la propiedad privada ni las fronteras de los Estados nacionales. La salud de la Humanidad reside en una economía socializada basada en una división internacional del trabajo. Bajo la influencia de la dirección conservadora, el proletariado no ha cumplido su misión revolucionaria. La guerra mundial de 1914-18 fué el castigo. Los campeones democráticos del desarrollo pacífico, los adversarios de los métodos revolucionarios tienen la responsabilidad directa por las docenas de millones de muertos y de heridos de la carnicería imperialista.

Los quince años transcurridos después han demostrado que el mundo imperialista no ha aprendido nada, ni nada ha olvidado. Sus contradicciones internas se han agudizado aún más. La crisis actual ha descubierto un cuadro espantoso de la descomposición social de la civilización capitalista, con síntomas claros de comienzos de gangrena. La salud de la Humanidad sólo es posible por la acción quirúrgica de la revolución proletaria. Las clases directoras se retuercen y se atormentan en el martirio de una situación sin salida. Las dificultades financieras y el temor a las masas populares les obligan a buscar un consuelo en las limitaciones de armamentos. Por otra parte, por la elevación de las barreras aduaneras, cada vez más altas; por la reducción de las importaciones, los dirigentes restringen más el mercado mundial, profundizan la crisis, agudizan las animosidades nacionales y preparan nuevas guerras. Los partidos reformistas, que hoy, como ayer, se oponen a la salida revolucionaria en el camino del socialismo, recogen de nuevo sobre ellos todo el peso de la responsabilidad, tanto por las miserias de la crisis como por los horrores próximos de una nueva guerra. Las contradicciones entre las fuerzas productivas y las fronteras nacionales han adquirido su carácter más agudo e insoportable en la vieja patria del capitalismo: en Europa. Con su laberinto de fronteras y de murallas aduaneras, con sus ejércitos hipertrofiados y sus deudas inmensas, la Europa de Versalles constituye una fuente permanente de peligro de guerra. No es la burguesía, que ha ensangrentado y balcanizado Europa, la que puede ahora unificarla. Para esto son necesarios otros medios y otras fuerzas.

Sólo en la Rusia de los zares pudo arrancarse el Poder de manos de la burguesía. Gracias a su dirección revolucionaria, el joven proletariado ruso ha podido, por primera vez en la historia mundial, mostrar concretamente las posibilidades inagotables contenidas en el régimen de la dictadura del proletariado y de la economía planificada. Las conquistas gigantescas, económicas y culturales, de un país atrasado convertido en el país de los obreros y campesinos, demuestran dónde se encuentra el camino real de la salvación de toda la Humanidad. Aguardamos ahora del Gobierno soviético que considere el segundo Plan quinquenal como un amplio plan de colaboración económica con los países capitalistas avanzados y que desarrolle ante las masas que vegetan bajo el yugo de la crisis y del paro forzoso las perspectivas gigantescas del poder humano. Cualesquiera que fueran los resultados prácticos inmediatos que tuviese semejante plan, su fuerza de atracción socialista sería inmensa para millones y millones de cerebros proletarios.

El régimen social actual del país de los Soviets está seguramente muy alejado del socialismo. Pero su significación inconmensurable reside en que se encuentra en la vía del socialismo. Su paso al socialismo será tanto más seguro y rápido si el proletariado de los países avanzados arranca el Poder de manos de la burguesía y crea las premisas definitivas de una nueva sociedad, que sólo es realizable sobre una base internacional. El peligro de una guerra mundial es un peligro para la propia existencia del primer Estado obrero y campesino. Cualquiera que sea la causa y cualesquiera que sean los Estados entre los cuales la guerra estalle, en su desarrollo ulterior se volverá inevitablemente contra la Unión Soviética. La burguesía mundial y europea no desaparecerá de la escena sin intentar operar una transfusión de sangre de las arterias del joven Estado obrero a las del imperialismo agonizante. Precisamente el año pasado ha demostrado cómo las llamas de la guerra pasan al mismo tiempo del Extremo y del Próximo Oriente a las fronteras de la Unión Soviética. Al mismo tiempo que pisotea la independencia de China, el Japón edifica en Manchuria un baluarte para atacar a los Soviets. El antagonismo con los Estados Unidos no puede detener a los militaristas de Tokio, porque en la guerra futura con los Soviets no se consideran por anticipado más que como la vanguardia del imperialismo mundial.

Por otro lado, el golpe de Estado llevado a cabo por Hindenburg por orden de Hitler no sólo abre el camino para el régimen fascista en Alemania, sino que abre también la perspectiva de la lucha a muerte entre la Alemania fascista y la Unión Soviética. Formidables acontecimientos se aproximan para Europa y para el mundo entero. La lucha contra la guerra significa en estas condiciones la lucha por salvar docenas de millones de vidas de nuevas generaciones de obreros y campesinos que han crecido desde la gran carnicería, por salvar todas las conquistas del trabajo y del pensamiento, por salvar el primer Estado obrero y todo el porvenir de la Humanidad.

Pero a medida que es más grandiosa la tarea, tanto más necesaria es la claridad en la cuestión de su solución. Desterrar la guerra es fácil, vencerla es difícil. La lucha contra la guerra significa la lucha contra estas clases que dirigen la sociedad, y que unen en sus manos todas las fuerzas productivas y todas las armas destructivas. Mediante reuniones, resoluciones, indignación moral, artículos de periódicos y Congresos, la guerra no se deja suprimir. Mientras que la burguesía disponga de Bancos, de las empresas, de la tierra, de la Prensa y del aparato del Estado podrá obligar a los pueblos a la guerra cuando sus intereses lo exijan. Para impedir la guerra es necesario arrancar el Poder a la burguesía. Pero la clase dominante

no cederá el Poder sin lucha. Ved el caso de Alemania: cuando se trata de los intereses fundamentales de los explotadores, la democracia cede el puesto a la fuerza franca. La destrucción de la burguesía sólo es posible con las armas en la mano. Esto quiere decir: a la guerra imperialista no se puede oponer más que la guerra civil.

Nosotros, bolcheviques leninistas, rechazamos y denunciamos absolutamente la diferencia falaz entre guerra «defensiva» y guerra «ofensiva». En la lucha armada entre los Estados capitalistas, semejante diferencia no representa más que una máscara diplomática y el engaño de las masas. En realidad, ocurre siempre que los bandidos capitalistas llevan a cabo guerras «defensivas», incluso el Japón en Shanghai, y Francia en Siria y Marruecos. El proletariado revolucionario distingue sólo *guerras de opresión* y *guerras de liberación*. El carácter de la guerra no es definido por nosotros por las falsificaciones diplomáticas, sino por la clase que lleva a cabo la guerra y por los fines objetivos en nombre de los cuales la realiza. Las guerras de los Estados imperialistas tienen, independientemente de los pretextos exteriores y de la retórica política, un carácter opresivo, reaccionario y hostil al pueblo. El carácter de guerra libertadora no puede tenerlo más que las guerras del proletariado y de las naciones oprimidas. La insurrección armada del proletariado contra los opresores se transforma inevitablemente, después de la victoria, en guerra revolucionaria del Estado proletario por el reforzamiento y el desarrollo de la victoria. La política del socialismo no es ni puede ser de un carácter puramente «defensivo». La tarea del socialismo es conquistar el mundo entero.

De esto se deduce nuestra posición con respecto a todas las formas del *pacifismo*, lo mismo del pacifismo puramente imperialista (Kellogg, Briand, Herriot, etc.) que del pacifismo pequeñoburgués (Rolland, Barbusse y sus partidarios en todas las partes del mundo). La esencia del pacifismo reside en que de una manera hipócrita o sincera condena la fuerza en general. Al debilitar la voluntad de los oprimidos, debilita la causa de los opresores. El pacifismo idealista opone la indignación moral a la guerra, lo mismo que una ternera opone su mugido lastimero al cuchillo del matarife. Sin embargo, lo que se debe hacer es: oponer al cuchillo de la burguesía el cuchillo del proletariado.

La fuerza más influyente del pacifiismo es la socialdemocracia. En período de paz prodiga su palabrería barata contra la guerra. Pero permanece en el terreno de la «defensa nacional». Esto zanja la cuestión. Toda guerra, de cualquier manera que pueda comenzar, amenaza a cada una de las naciones beligerantes. Los imperialistas saben por anticipado que el pacifismo de la socialdemocracia se transformará al primer cañonazo en servilismo guerrero, y será la más importante reserva del militarismo. Por esto la lucha más intransigente contra el pacifismo, la denuncia de su carácter felón, es el primer paso en el camino de la lucha revolucionaria contra la guerra.

La S. de las N., la ciudadela del pacifismo imperialista, representa un agrupamiento histórico transitorio de los Estados capitalistas, donde los más fuertes mandan y compran a los más débiles, se arrodillan ante los Estados Unidos o intentan resistirle; donde todos son igualmente enemigos de la Unión Soviética y están dispuestos al mismo tiempo a encubrir cualquier crimen de los más fuertes y rapaces entre ellos. Tomar a la S. de las N., directa o indirectamente, hoy o en el porvenir, como un instrumento de paz, no pueden hacerlo más que los ciegos políticos completamente perdidos o los envenenadores de la conciencia de los pueblos. La cuestión del pretendido

«desarme» no tiene nada y no puede tener nada de común con la cuestión de la supresión de las guerras. El programa del «desarme» no significa más que una tentativa—hasta ahora en el papel—de disminuir en tiempos de paz los gastos para una determinada clase de armamentos. Es, ante todo, una cuestión de técnica militar y de caja imperialista. Los arsenales, las fábricas de guerra, los laboratorios y, en fin, lo que es más importante, la industria capitalista en su conjunto, conservan en todos los programas de desarme su fuerza. Pero los hombres no combaten porque tengan armas; al contrario, forjan las armas cuando tienen que combatirse. En caso de guerra, todas las limitaciones pacíficas caerán hechas polvo. Ya en 1914-1918 los Estados no combatieron utilizando los armamentos de que estaban provistos en tiempos de paz, sino por medio de aquellos que fabricaban durante la guerra. No son los depósitos existentes, sino la capacidad de producción de los países lo que es decisivo. Para los Estados Unidos la limitación de los armamentos europeos en tiempo de paz es favorable para manifestar tanto más decisivamente su dominio industrial en tiempos de guerra. La burguesía alemana tiende a la reducción de los armamentos para igualar así las posiciones de partida en caso de un nuevo conflicto sangriento. Para Alemania el «desarme general» tiene la misma significación que para Italia la paridad naval con Francia. La forma que todos estos planes tomen realmente depende de la combinación de las fuerzas imperialistas, del estado de los presupuestos, de los arreglos financieros internacionales, etc., etc. La cuestión del «desarme» es una de las palancas en el terreno del imperialismo en el cual se preparan nuevas guerras. Es puro charlatanismo intentar distinguir entre ametralladoras, tanques, defensivos y ofensivos. El programa americano está también dictado en esta parte por los intereses particulares del militarismo americano, el más insolente de todos. La guerra no es un juego que se lleve a cabo con arreglo a normas convenidas. La guerra exige y crea todas las armas que puedan aplastar al adversario con el mayor éxito. El pacifismo pequeñoburgués, que ve en los proyectos de desarme del 10 por 100, del 33 por 100 o del 50 por 100, el «primer paso» para impedir la guerra, es más peligroso que todos los explosivos y gases asfixiantes, porque la melinita y la hiperita no pueden realizar su trabajo más que si las masas populares son envenenadas en tiempos de paz por los vapores pacifistas.

No teniendo la menor confianza en los programas capitalistas de desarme o de limitación de armamentos, el proletariado revolucionario plantea una sola cuestión: ¿*En qué manos se encuentran las armas*? Todo género de armas que se encuentren en manos de los imperialistas están idénticamente dirigidas contra las clases laboriosas, contra las naciones débiles, contra el socialismo, contra la Humanidad. Por el contrario, el arma en manos del proletariado y de las naciones oprimidas es el único medio para limpiar nuestro planeta de la opresión de las guerras. La lucha por la libre disposición de las naciones por todos los pueblos, es decir, para todas las partes de la Humanidad que se sientan naciones oprimidas y que tiendan a la independencia, es una de las partes más importantes de la lucha contra la guerra. El que sostenga directa o indirectamente el régimen de las colonias y de los mandatos, la dominación del capital británico en la India, la dominación del Japón en Corea o en Manchuria, de Francia en Indochina o en Africa; el que no combate la esclavitud colonial; el que no apoya los levantamientos de las naciones oprimidas y su independencia; el que defiende o idealiza el gandhismo, es decir, la política de la resistencia pasiva en las cues-

tiones que no pueden ser resueltas más que por la fuerza de las armas, éste es, independientemente de sus deseos, un servidor, un abogado o un agente de los imperialistas, de los esclavistas, de los militaristas y les ayuda a preparar nuevas guerras en nombre de cadenas antiguas o nuevas.

La fuerza principal contra la guerra es el proletariado. Sólo con su ejemplo y bajo su dirección los campesinos y las otras capas plebeyas de la nación pueden levantarse contra la guerra. En el proletariado, dos partidos luchan por la influencia: el Partido Comunista y la socialdemocracia. Los grupos intermedios (el Partido Socialista Obrero, en Alemania; el P. U. P., en Francia; el I. L. P., en Inglaterra, etc., etc.) no pueden pretender elevarse a un papel histórico independiente. En la cuestión de la guerra—que es el reverso de la cuestión de la revolución proletaria—, las oposiciones inconciliables entre el comunismo y el socialpatriotismo alcanzan su suprema agudeza. El que pretenda poner todos los programas, todos los partidos, todas las banderas en un mismo saco en nombre del pacifismo, es decir, de la lucha aparente y verbal contra la guerra, éste rinde el mejor servicio al imperialismo. En la cuestión de la guerra, no menos que en las otras cuestiones, el Partido Comunista debe esforzarse por arrancar a las masas obreras a la influencia disolvente y desmoralizadora del reformismo.

Monde, el órgano de Barbusse, de Gorki y de otros organizadores del Congreso contra la Guerra, realiza una agitación sistemática para la fusión de la Internacional Comunista y de la Segunda Internacional. Para la lucha contra la guerra, Barbusse se dirige de la misma manera a Lenin y Vandervelde. Esto significa falsificar a Lenin y rehabilitar a Vandervelde. La política de Barbusse y de sus partidarios la rechazamos y la condenamos como el veneno político más peligroso. Consideramos como una falta grave de la I. C. y de la I. S. R. el haber cedido la iniciativa de convocar la Conferencia en manos de pacifistas sin principios y sin voluntad. Consideramos el no ingreso de la Unión Soviética en la S. de las N. como completamente justo, tanto prácticamente como desde el punto de vista de los principios. Lamentamos tanto más que la U. R. S. S. haya cubierto con su autoridad el Pacto Kellogg, completamente engañador y cuyo papel consiste en no «justificar» más que las guerras que correspondan a los intereses norteamericanos. Consideramos como igualmente errónea la tendencia de la diplomacia soviética a embellecer la política del imperialismo yanqui, y en particular su iniciativa en la cuestión del desarme. Reconocemos totalmente la importancia para la U. R. S. S. de relaciones económicas y diplomáticas normales con los Estados Unidos. Pero este fin no puede obtenerse con capitulaciones verbales ante las maniobras del imperialismo norteamericano, el más fuerte y rapaz de todos. Esperamos de la diplomacia soviética la exposición clara y pública de la cuestión del peligro de guerra y de lucha contra él. Es preciso avisar a los pueblos a plena voz. A medida que la diplomacia soviética se adapte menos a las maniobras de los imperialistas en esta cuestión candente y que de una manera más decidida eleve su propia voz, más calurosamente las masas obreras del mundo entero responderán, más estrechamente se ligarán a la Unión Soviética, más seguramente defenderán a ésta contra el peligro creciente.

Al mismo tiempo estimamos nuestro deber declarar aquí abiertamente: ahora, frente al peligro espantoso que se avecina, es necesario reparar, por fin, los crímenes de la burocracia staliniana contra la Revolución y el comunismo; es necesario libertar de las prisiones

y de la deportación a los millares de bolcheviques leninistas, a los organizadores de la Revolución de Octubre, a los creadores del Ejército Rojo, a los participantes de la guerra civil, a los combatientes revolucionarios inflexibles. Por la dictadura del proletariado y la revolución mundial, contra la guerra imperialista, quieren combatir y combatirán con una energía incomparablemente más grande que los pacifistas de salón y que muchos burócratas stalinianos.

La política de frente único en la lucha contra la guerra exige una atención particular y una perseverancia revolucionaria. Los partidos comunistas pueden y deben proponer abiertamente, sin intermediarios dudosos, a todas las organizaciones obreras el coordinar sus esfuerzos en la lucha contra la guerra. Por su parte, los bolcheviques leninistas proponen los puntos siguientes, a base de los cuales, con la plena garantía de independencia de las organizaciones y de las banderas, son posibles los acuerdos de lucha:

1.° Denunciar las esperanzas en la S. de las N., así como en todas las demás ilusiones pacifistas; 2.° Denunciar los programas capitalistas de *desarme* que sirven para engañar a los pueblos; 3.° Negativa a votar el presupuesto y el reclutamiento militar de los Gobiernos capitalistas; ni un hombre, ni un céntimo; 4.° Denunciar la mentira de la «defensa nacional», porque la nación capitalista se defiende con la opresión y el despedazamiento de las naciones más débiles; 5.° Campaña por la colaboración económica con la U. R. S. S., sobre la base de un programa ampliamente establecido, y en la elaboración y realización del cual las organizaciones de masas de la clase obrera deberán ser invitados; 6.° Denunciar continua y sistemáticamente las intrigas imperialistas contra el primero y único Estado obrero; 7.° Agitación contra la guerra en las fábricas de guerra, entre los soldados y los marinos. Preparación de puntos de apoyo revolucionarios en las industrias de guerra, en el ejército y en la marina; 8.° Educación del Ejército Rojo, no sólo en el espíritu de la defensa valerosa de la patria socialista, sino también en el espíritu de la disposición constante a correr en ayuda de la revolución proletaria en los otros países y de los levantamientos de los pueblos oprimidos; 9.° Educación sistemática de las masas laboriosas del mundo entero en el espíritu del sacrificio máximo en aras del primer Estado proletario. A pesar de las faltas indudables en la política de la fracción dirigente actual, la U. R. S. S. sigue siendo la patria verdadera del proletariado internacional. Su defensa es el deber inquebrantable de todo trabajador honrado; 10. Explicación infatigable a los obreros del mundo entero de que la sociedad socialista no puede establecerse más que en una escala internacional y que el verdadero apoyo de la U. R. S. S. reside en la ampliación de la revolución proletaria mundial; 11. ¡Por los Estados Unidos Soviéticos de Europa! ¡Por la Federación socialista mundial! ¡Por el comunismo y la paz humana perpetua!

La representación en el extranjero de la Oposición de Izquierda rusa (bolcheviqueleninistas); Oposición de Izquierda de Inglaterra; Oposición de Izquierda de Grecia; Izquierda Comunista Española; Liga Comunista (Op.) de Francia; Liga Comunista (Op.) de los Estados Unidos; O. C. de I. de Bélgica; O. de I. de Checoslovaquia; Grupo de la O. de I. del P. C. de Inglaterra; O. de I. del P. C. Suizo; O. de I. de Italia.

La bandera de Lenin y la «ligereza» staliniana ante la guerra

Con motivo del Congreso de Amsterdam, los principios de la Oposición Comunista Internacional de Izquierda se han manifestado con un gran vigor frente al caos de confusión, frente a la ligereza del centrismo staliniano. La intransigencia con que los delegados de la O. I. han defendido los principios revolucionarios de lucha contra la guerra ha atraído poderosamente la atención de los delegados revolucionarios a ese Congreso, de los miembros de los P. C. principalmente, alarmados y desorientados por la vergonzosa confusión de la burocracia comunista, los Münzenberg, los Cachin, con toda clase de intelectuales, pacifistas de Ateneo, «socialfascistas» (Nicole, Monnet...), jefes de partidos burgueses (Patel) y simples defensores de la patria capitalista (general von Schowaich, Fonteny, quien ostentaba orgullosamente desde la mesa presidencial su condecoración de la Legión de Honor), que consecuentes con los intereses de la clase que representan, enmascarada o desenmascaradamente, han ido al Congreso a defender sus tesis reformistas, pacifistas, de no-resistencia, etc. Fruto de este Congreso de confusión ha sido el Manifiesto, donde en medio de palabrería pequeñoburguesa, de juramentos solemnes, se llega al compromiso de «unidad» con toda la plana abigarrada de delegados bajo las concesiones más vergonzosas de principios. La unanimidad en la aprobación de este documento fué rota por los seis delegados oposicionistas (hecho silenciado por la Prensa staliniana), que durante todo el Congreso levantaron firmemente la bandera de «fidelidad al leninismo».

Las siguientes palabras de la burocracia son el mejor testimonio de la importancia de nuestra intervención en Amsterdam: «La fracción trotskista es la más activa de este Congreso», Münzenberg. «El Congreso—y esto es justicia—no se ha mostrado severo más que con el pequeño grupo de renegados trotskistas», Peri. ¿Qué mejor resumen podíamos nosotros hacer? El centrismo staliniano «no se ha mostrado severo», ha claudicado ante los Patel, los Fonteny, los Barbusse, los Nicole. La «fracción trotskista» ha luchado activamente contra este bloque sin principios, contra esta «unidad» de burócratas stalinistas y «socialfascistas». La brecha abierta en Amsterdam por los delegados «trotskistas» es una gran victoria de la Oposición Internacional, es un nuevo combate ganado por la bandera de Lenin.

* * *

En el Congreso Nacional nuestra intervención ha sido limitada por las medidas que el Comité Nacional tomó contra nuestra organización. Allí donde las damas burguesas pacifistas, los parásitos intelectuales del Ateneo o los simples bohemios del tipo Gorkin escalaban una representación ante el proletariado revolucionario, amparados por la burocracia staliniana, que sabe en oportunidades como éstas dejar no sólo su orgulloso sectarismo, sino también la misión del Partido a un lado, la voz de la Oposición delimitando campos iba a estorbar la carrera de los unos y la diplomacia política de los otros. Ya se puso esto de relieve en la primera reunión a que nuestra

organización envió delegado. La expulsión de la Izquierda Comunista por el Comité fué un acto lógico de defensa de este frente único diplomático contra la guerra. Sin embargo, nuestra organización, prescindiendo de la expulsión, envió un delegado al Congreso Nacional, quien, en pocas palabras, defendió nuestra tesis, haciendo la siguiente proposición concreta: «... que el Congreso, reconociéndose incapaz de movilizar a la masa obrera contra la guerra imperialista, propusiera a la I. C. (que surgió en la lucha contra la última guerra) para la convocación de un nuevo Congreso de frente único, al cual debía adherirse este Congreso reunido.» A esta proposición contestó Arroyo, «desenmascarando» a nuestro delegado como un «agente de la burguesía» que iba a «dividir el Congreso» y poniendo en evidencia a «los trotskistas, que quieren aparecer como defensores de la I. C. a pesar de estar expulsados de ella».

En cuanto a lo primero, ¿cómo es que Arroyo, que comparte el Comité Ejecutivo del Congreso con una mayoría de *representantes* burgueses, no se ha cuidado de desenmascarar a los «agentes de la burguesía» hasta que nuestro delegado reivindicó para la I. C. la iniciativa y organización del Congreso y, en general, de toda la lucha revolucionaria contra la guerra? ¡Pequeñas contradicciones de la diplomacia! En cuanto a lo segundo, no podemos dejar de agradecer a Arroyo sus palabras. Un oposicionista no hubiera hablado con más claridad y precisión. Nuestro fin está, indudablemente, en ser desenmascarados ante el proletariado comunista como los defensores de la I. C., a pesar de estar expulsados de ella.

Después de otras intervenciones en que se habló de la «independencia» del Congreso «por encima de todos los partidos políticos» y sin la «dictadura de ninguna organización», nuestro delegado defendió su proposición, haciendo ver la ausencia del Congreso de las masas obreras de la U. G. T. y C. N. T., masas que habían manifestado su deseo de luchar contra la guerra, obligando a sus jefes a hacer declaraciones en este sentido. ¿Cómo explicar esto? La Oposición Comunista se lo explica así: sólo es capaz de movilizar a las masas obreras para la lucha revolucionaria la I. C. Por otra parte, un Congreso convocado por la I. C. no significa la dictadura de un partido político, sino unas proposiciones limitadas, concretas y claras de acción, a las que ninguna organización de base proletaria podrá fácilmente negarse.

La corta intervención de nuestro delegado redujo el ambiente hostil que contra él lograron levantar al principio Arroyo, Gorkin y otros, en el que una voz se atrevió a proponer el arrojarle por la fuerza del local. A pesar de todo, el Congreso oyó nuestra voz en defensa de la I. C., único guía de la lucha contra la guerra y de toda lucha revolucionaria. También oyó las calumnias acordes de los burócratas y de las gentes extrañas a la organización comunista contra nosotros. Esta es la prueba de que al lado de la «ligereza» staliniana nosotros, siguiendo las instrucciones de Lenin, no tomamos «a la ligera» la cuestión de las concesiones burocráticas, la falta de claridad, «las ideas abominablemente erróneas» de un gran número de comunistas y nos «levantamos con toda la energía posible» contra ese «mal que supera a todos los demás y para el que no debe haber indulgencia» (1).

En la preparación del Congreso y en el Congreso mismo, la inter-

(1) Instrucciones de Lenin a los camaradas soviéticos que asistieron a la Conferencia de La Haya, en 1922, de las Cooperativas y Trade-Unions contra la guerra.

vención de la Oposición Internacional ha puesto al descubierto el esqueleto de esta nueva aventura oportunista de la burocracia staliniana. La O. C. I. cargó desde el primer momento la responsabilidad de iniciativa y organización del tal Congreso, sobre la dirección de la I. C. Entonces preguntábamos: ¿Por qué en lugar de movilizar a un Barbusse no lleva por sí misma la I. C. un Congreso de frente único contra la guerra imperialista? Nuestra pregunta era la de millares de comunistas, confundidos por la política de la burocracia. Por ello, ésta se vió obligada a contestar, diciendo que las masas seguirían más fácilmente a Barbusse que a la I. C. (*Humanité* del 28 de junio). Lo cuál quiere decir: La burocracia es consciente de su impotencia para ganar a la lucha a las masas obreras y claudica ante el contrabando político de los intelectuales. Más claro: Ante la tarea de recurrir a las grandes organizaciones de base obrera, principalmente la II Internacional, para la lucha contra la guerra y en defensa de la U. R. S. S., la burocracia staliniana, reconociendo el fracaso de su política de «frente único sólo por la base», obligada por la agravación de las circunstancias a arrinconar sus fórmulas fracasadas y a plantearse seriamente (con la seriedad que requiere el cuidar de su propia piel) la necesidad del frente único, da un salto mortal de su fórmula «sólo por la base» y nombra un embajador, Barbusse, que se apresura a realizar el reverso de la moneda staliniana, *frente único sólo por arriba*; Correspondencia «al camarada Vandervelde» (*Monde*, 16 de julio); negociaciones personales con la plana mayor del «socialfascismo», y, en fin, el último esfuerzo diplomático, la entrevista Barbusse-Adler en Zurich (8 de julio).

Debemos adelantarnos a la objeción que quiera hacer al Comité del Congreso y a Barbusse responsables de estas negociaciones turbias. Estamos lejos de creer a Barbusse un ciego instrumento de la burocracia de la I. C. Consecuente con su posición política, tirará siempre de la I. C. a la claudicación ante la Internacional amarilla. Pero hoy, en este asunto, la burocracia utiliza para *su frente único* la significación política de este miembro, «al día en las cotizaciones», del P. C. francés; hoy, Barbusse hace su recorrido habitual, pero no ya en su propio nombre: lleva poderes para negociar *un frente único*. «Respondez: ¡Presente!, al llamamiento de Rolland-Barbusse», decía *L'Humanité*, el 31 de mayo. «Jamás se ha manifestado el frente único en una escala tan amplia» (Peri. *Correspondencia Internacional*, número 37). ¡Si se exige tal subordinación al Congreso, es demasiada habilidad querer desentenderse de lo que dentro de él va! ¡Si así se incicusa el *frente único* logrado, es demasiada habilidad querer desentenderse de los medios con los que se ha logrado ese *frente único* sin precedentes, según la opinión de Peri.

La claudicación que significó el poner en la fachada del Congreso a Barbusse y C.ª con su llamamiento, podrá permanecer, antes de celebrarse éste, disimulada hasta cierto punto con declaraciones de «independencia» y promesas de desarrollar allí «una crítica implacable de las posiciones pacifistas y confusionistas», según las palabras de Thorez. Pero en el Congreso, el enlace entre la fachada pacifista y confusionista y el fondo staliniano se ha puesto muy en evidencia. La crítica implacable prometida se ha convertido en «escuchar con la mayor atención» y en no mostrarse «severos» con los errores; las protestas de independencia, en la adopción de un Manifiesto que es un verdadero baldón para la burocracia de la I. C.

Peri define así la labor de los comunistas en Amsterdam: «Sería ridículo querer disimular que han sido los comunistas presentes en el Congreso los que han expuesto con mayor claridad y fuerza los medios

de luchar contra la guerra.» Peri se atreve a afirmar (porque sería ridículo disimularlo) que entre los asistentes al Congreso (burgueses y pequeñoburgueses, con sus mil castas) han sido los comunistas los que han expuesto con *mayor* claridad..., etc. ¿No será lo ridículo y lo vergonzoso el atreverse a hacer una declaración tal?

Pasemos al Manifiesto de «los trabajadores intelectuales y manuales», que no niegan «la existencia de *matices* (!) ideológicos y políticos» entre los elementos que componen el Congreso. En él la táctica de lucha contra la guerra está contenida en esta única frase: «El Congreso sólo ve la salvación en la acción concertada de los obreros y campesinos y de todos los explotados y oprimidos del Mundo.» *Acción concertada.* ¿Qué clase de acción? Y concertada: ¿Por quién y con qué objetivo?

Se buscará en vano en el Manifiesto la tesis leninista de que hay que utilizar la guerra imperialista, transformándola en guerra civil para derrocar a la burguesía e implantar la dictadura del proletariado. Se encontrarán, en cambio, multitud de frases socialdemócratas sobre la «acción concertada», el «revolverse contra la propia burguesía» (sin especificar el objetivo de la conquista del Poder), el «sabotaje del transporte de municiones» (frase muy en boga en la II Internacional), el que «la soberanía del proletariado depende de una organización consciente»; o frases simplemente pequeñoburguesas, como la de «las fronteras artificiales impuestas por los tratados de paz». ¿Es que existen fronteras naturales? O mejor dicho: ¿Se reprocha al Tratado de Versalles haber repartido mal el mapa de Europa?

Se habla de la guerra contra la U. R. S. S. y de la política de paz de ésta. Pero no se habla de que la guerra contra la Unión Soviética está detenida por el movimiento proletario internacional, y principalmente por la revolución alemana; no se habla de que el triunfo del fascismo en Alemania cerraría el cerco de guerra contra la U. R. S. S. *En el Manifiesto no se dice una palabra sobre la lucha contra el fascismo en Alemania.* Por lo que se refiere a los jefes de la II Internacional, se afirma que «su actitud en 1914 marca en el movimiento de emancipación humana un retroceso», y que «su actitud con relación a este Congreso indica que continúa la política de 1914, en contradicción abierta con los verdaderos principios del socialismo». ¿Cabe más diplomacia? Sin embargo, Peri nos informa de que «el Manifiesto estigmatiza a la II Internacional».

Este es el Manifiesto adoptado por el Congreso, con los seis votos de la Oposición Internacional en contra. De él dice Münzenberg que debe ser la «carta de acción futura contra la guerra imperialista»; y nosotros, que es un *obstáculo* en la lucha contra la guerra. Por ello invitamos a los miembros del Partido a declararse contra él y a exigir a la burocracia una declaración de la independencia del movimiento comunista frente al compromiso establecido en el Manifiesto.

Por último, el *Boletín* del Congreso informa de que el oposicionista Molinier pide la unión de las II y III Internacionales. La situación de nuestros camaradas en el Congreso de Amsterdam, donde se les ha impedido no sólo el impugnar el Manifiesto (concediendo, en cambio, la palabra a Patel), sino inclusive repartir el impreso de la Declaración de la O. I. C. contra la guerra, se revela claramente en el hecho de llevar la calumnia contra ellos hasta al *Boletín* del Congreso. Es la única arma de los burócratas la calumnia, cogidos *in fraganti* delito de claudicación.

M. VELA.

A los obreros afiliados a la U. G. T., a los trabajadores en general

CAMARADAS:

La U. G. T. va a celebrar su XVII Congreso nacional sin que en el orden del día *figuren ninguno de los problemas que interesan directamente al proletariado español. El paro forzoso, que sume en la miseria a millares y millares de trabajadores; la explotación brutal e inhumana de que es víctima principal la juventud obrera; la represión gubernamental contra el movimiento obrero clasista; las leyes reaccionarias y antiobreras de la República, entre las que figuran la de Defensa de la República, la de Asociaciones y otras no menos reaccionarias; las matanzas de trabajadores por la Guardia Civil, y otros muchos problemas de capital importancia para la clase obrera, serán vistos superficialmente o no vistos por el Congreso de la U. G. T.*

Es que la U. G. T. ha dejado de practicar la lucha de clases para integrarse y fundirse con el Estado capitalista, que por lógica elemental ha de defender los intereses de clase de nuestros enemigos. La U. G. T., fundida con el Partido Socialista, va a remolque de la burguesía, de quien es su sostén principal, para, por medio de la mentira y el engaño de la democracia burguesa, traicionar a la clase obrera. Es ésa la labor de los dirigentes de la U. G. T. y del Partido Socialista, de esos señores que tanto nos hablan de democracia y sus lindezas. Hija de la democracia burguesa es la República que hoy padecemos. El Partido Socialista, llevando a remolque a la U. G. T., es el principal sostén e inspirador de la represión republicana y antiobrera; el Partido Socialista, que tanto prometió a la clase obrera antes de tomar las tres carteras ministeriales, ha olvidado hasta lo más elemental de sus promesas «democráticas», como lo es la disolución de esa Guardia Civil que ellos consideran hoy, y lo es, el sostén principal de esta República burguesa reaccionaria. Por contra, ha dado una ley de Defensa de la República y una ley de Asociaciones, entre otras, verdaderamente reaccionarias y antiobreras.

OBREROS DE LA U. G. T.:

No permitáis que vuestra organización sindical vaya por más tiempo a remolque del Partido Socialista, que en las huelgas que declaráis se coloca al lado del capitalismo y envía Guardia Civil para ametrallaros, como en Arnedo y otros sitios, en los que afiliados a la U. G. T. fueron víctimas de la brutalidad armada al servicio del capitalismo. Exigid que la U. G. T. vuelva a ser una organización que practique la lucha de clases y rompa con su sumisión al Partido Socialista, dejando que éste continúe fundido, si así lo quiere, con nuestros enemigos de clase.

JOVENES OBREROS DE LA U. G. T.:

Vosotros sois las principales víctimas de la ley de Asociaciones. Largo Caballero sabe que vosotros, muchos de vosotros, sois rebeldes y que os podéis levantar dentro de la misma U. G. T. contra la dominación de los jefes. Por eso decreta y establece la ley, que os ata e impide defenderos. En el trabajo seréis más explotados que nadie y vuestras organizaciones, que nunca se han preocupado de vosotros porque los jefes no lo han querido, os impiden defenderos después de la aplicación de la ley. Largo Caballero aplasta al movimiento obrero revolucionario con la ley, primero, y os inutiliza a vosotros después, porque sabe que vosotros constituís la falange rebelde de la U. G. T.

¡Rebelaros, camaradas, porque con ello defendéis vuestros intereses de clase y os defendéis de la opresión y la dictadura en el trabajo y en vuestras propias organizaciones! ¡Rebelaros antes que el peso de la ley os aplaste e impida vuestros movimientos y vuestra defensa!

A vuestro lado estamos nosotros, comunistas de izquierda, y lo estarán todos los trabajadores revolucionarios honrados. No queremos la destrucción de la organización, como pretenden deciros vuestros jefes, sino que lo que pretendemos es que ella cumpla con el deber para el que fué creada.

TRABAJADORES TODOS:

Fijad vuestras miradas en el Congreso de la U. G. T. y unid vuestros esfuerzos para impedir la maniobra que los Largos Caballeros preparan. Se trata de llevar a la U. G. T. a un terreno que no debe ir y en el que ya casi está. Se pretende hacer de ella no un organismo de colaboración, sino una organización de lucha antiobrera; y esto en nombre de intereses que no son los nuestros, que son los de nuestros enemigos de clase. Poco importa que los dirigentes de la U. G. T. se hundan en el fango de sus traiciones; lo que interesa son los trabajadores que engañados siguen a los jefes traidores y el papel que pueden jugar. ¡Ayudémosles a salvarse! ¡Llamémosles al terreno de la lucha de clases y unámonos con ellos en su lucha contra los dirigentes traidores! No se trata de sacarles de la U. G. T., sino de enseñarles a que desde dentro de ella, con nuestra ayuda fraternal, logren vencer a los malos dirigentes, a los traidores, haciendo de la U. G. T. un organismo de lucha de clases.

POR LA RUPTURA ENTRE EL PARTIDO SOCIALISTA Y LA U. G. T.; POR EL RETORNO DE LA U. G. T. AL TERRENO DE LA LUCHA DE CLASES; POR LA LUCHA EN LA U. G. T. Y EN TODAS LAS ORGANIZACIONES OBRERAS EN PRO DE LA UNIDAD SINDICAL DEL PROLETARIADO; CONTRA LAS LEYES REACCIONARIAS Y ANTIOBRERAS DICTADAS POR LOS JEFES SOCIALISTAS Y UGETISTAS; POR EL FRENTE UNICO DEL PROLETARIADO CONTRA LA LEY DE ASOCIACIONES Y TODAS LAS LEYES ANTIOBRERAS Y REACCIONARIAS. ¡VIVA LA UNIDAD SINDICAL REVOLUCIONARIA!

Por la Izquierda Comunista Española.—EL COMITE EJECUTIVO.

Ante el Congreso del Partido Socialista español

A GUISA DE PREAMBULO

No puede negarse que el socialismo español, aparte de los rasgos peculiares de todos los partidos de la Segunda Internacional en la época imperialista actual, tiene características típicamente locales que le distinguen de las otras secciones. Políticamente, mejor dicho, históricamente, el socialismo en general tiene sobre una escala mundial idéntica finalidad: ser un agente del capital en las filas de la clase trabajadora. En todo el mundo y en la etapa actual cumple políticamente a la perfección esta misión. Pero como «organismos democráticos» que no se someten más que nominalmente a la disciplina internacional, el socialismo aspira a ser «plenamente nacional» y adquiere modalidades distintas, fruto muchas de ellas de su formación diferente.

En el pasado, ninguno de los partidos de la Segunda Internacional ha sido menos «socialista» que la sección española. Cuando todavía los partidos de la Segunda Internacional rendían culto al marxismo, el partido socialista español no pasaba de ser una agrupación obrerista de tipo filantrópico. Nada ha surgido en Europa de tipo tan híbrido y de carácter tan analfabeto como el «pablismo» español. De una organización que debió estar inspirada en la lucha intransigente de clases, el «apóstol Iglesias» hizo una mixtura sensiblera y llorona de obrerismo castrado. Por eso se explica que, excepcionalmente, en España el anarquismo adquiriese la fuerza que no adquirió en otros países. El obrero avanzado, con inquietudes revolucionarias, desertaba voluntariamente del pablismo para abrazar una doctrina y una táctica más en armonía con sus aspiraciones revolucionarias. En los países en que los partidos socialistas conservaron su fisonomía marxista, el anarquismo, con su ingenua doctrina, no ha podido desarrollarse y alcanzar ascendiente. En algunas naciones, al comenzar la degeneración socialdemócrata, surgió el sindicalismo revolucionario de tipo soreliano, que fué liquidado totalmente con la Revolución rusa. El anarquismo en España, con todos sus errores, se presentaba como una mayor garantía para los obreros revolucionarios.

Precisamente por su carácter «obrerista», que no obrero, el pablismo era profundamente antiintelectual; pero entendámonos: no enemigo del arrivismo intelectual solamente, sino de lo que representase inquietud por los problemas teóricos y de lucha de clases. Los equipos dirigentes de los partidos socialdemócratas europeos han estado formados principalmente, y aún lo están, por elementos intelectuales. El abogadismo al estilo de Paul Boncour, por ejemplo, fué la principal plaga de los grupos dirigentes de la Segunda Internacional. Ellos llevaron, en la mayoría de los casos, a los partidos reminiscencias de su educación pequeñoburguesa de clase media, prejuicios que mocularon en el movimiento obrero. Fueron también ellos

los propagadores del electoralismo socialista, que desde antes de 1914 y actualmente corroe la médula de los partidos socialdemócratas. Fué un abogado, Millerand, el primero que planteó el problema de la colaboración ministerial socialista.

Sin embargo, el pablismo, o sea nuestro socialismo autóctono, veía en el intelectual, más que estos defectos, otros peligros. El intelectual era para el pablismo (el caso Jaime Vera es bastante elocuente a este respecto) un removedor de la quietud plácida del partido y, sobre todo, de la modorra sindical al calor de la base múltiple. Pablo Iglesias logró así crear una organización disciplinadamente hermética, de una característica chabacanería de obrero artesano pulcro y buen padre de familia. Se valorizaba más, según la moral pablista, el no ser fumador o el no gustar del alcohol ni siquiera en las comidas, que el ser un obrero revolucionario combativo. El tipo de obrero al que en régimen dictatorial de Primo de Rivera se premiaba con la «medalla del Trabajo» por sus reiterados servicios en una misma empresa, era moralmente y en potencia un obrero pablista 100 por 100. El pablismo no concebía la «bohemia revolucionaria» del obrero que se ve obligado a emigrar de un taller a otro por su espíritu de indómito rebelde. El pablismo era, por otra parte, agrio y anticordial. Este era su contorno esencial.

Se ha elevado a categoría política por los socialistas, con la ferviente colaboración de la Prensa burguesa, lo que pudiéramos llamar moral pablista. Oyendo argumentar a los socialistas en torno a este tema, no encontramos diferencia alguna con el sentido que la pequeña burguesía, la clase media, da a la moral. Es la misma mentalidad la que transpira a través de sus palabras; es idéntica limitación de mentalidad y semejante cretinismo moralista. Entre ambas concepciones existe una gran semejanza. Los matices humanos del ser social son exactamente igual de incomprendidos. Viven apegados a la tradición y temen toda inquietud que venga a sacarlos de su *standard* de vida espiritual. Ante la semblanza que nos hacen de Pablo Iglesias, y que responde a la realidad, su personalidad pierde todo rasgo humano, se convierte en «un santo», ni siquiera nacional, sino meramente casero, madrileño: un plato local, como el cocido.

Todo un fantástico mito se ha elevado en España en torno a la figura de Pablo Iglesias; mito que, aunque no sirve para frenar gran cosa el movimiento revolucionario, es preciso destruir. Las jóvenes generaciones obreras españolas no sienten ya el menor respeto hacia la figura del «apóstol Iglesias», pero es preciso poner al desnudo todo el mal que con su mezquino criterio causó a la clase trabajadora española. No ya por su indigencia teórica bochornosa (se quiere disculparle alegando que fué un obrero; podemos replicar que fué un obrero que trabajó en su oficio hasta la edad de veintidós años y que después fué sólo un propagandista profesional, y que obreros manuales han sido también muchos de los mejores teóricos del socialismo, comunismo y anarquismo), sino por la difusión de su opio reformista, que, como corolario lógico, ha conducido a las actuales traiciones del partido.

De todas las cualidades que sus panegiristas adjudican a Iglesias, la única que responde a la realidad es la de que fué un buen organizador. Acertó a crear una organización bien estructurada y disciplinada. Logró someter a la dirección del partido a todas las individualidades; cosa justa en principio, pero solamente en principio, porque la finalidad era lograr un borreguil acatamiento a la política reformista del partido. Con ello obtuvo, ciertamente, el que se alejasen del socialismo los intelectuales arrivistas e indisciplinados que

obran en los partidos por su propia cuenta, sin respetar la disciplina de la organización. Esta política es la que prevaleció durante toda la vida de Iglesias y la que continuó practicándose hasta que ha habido por medio la perspectiva de carteras ministeriales. En vida de Pablo Iglesias la gestión personal cerca de un partido o de un núcleo político de individuos hubiera acarreado la expulsión. La gestión política sólo era de la competencia de los organismos directores responsables. Controlada la organización por Iglesias, el individualismo político estaba excluído. Por esto Indalecio Prieto, hasta la muerte de Iglesias, no destacó a gusto su personalidad individual.

El desplazamiento total de los partidos socialistas de todo el mundo hacia el campo de la burguesía obligó también al socialismo español a cambiar los métodos de orientación de su organización interna. Dejó de ser puramente un partido obrerista para convertirse en un apéndice de la burguesía republicana. Y con esto empezaron a infiltrarse los métodos peculiares de estos partidos. El sistema pablista de organización fué substituído por la politiquería individualista peculiar de los partidos de la pequeña burguesía republicana. Pero es evidente que una herencia tan fuertemente arraigada en las costumbres del aparato del partido como es el pablismo no había de resignarse tan fácilmente a su desaparición. Las supervivencias pablistas habían de luchar con el máximo tesón a pesar de las deserciones habidas.

En lo que se refiere a los problemas interiores del partido, esto es lo que principalmente se ha litigado en el Congreso socialista, que todavía continúa sus sesiones cuando escribimos estas líneas. Lo que el público ha tendido a interpretar como exclusivamente un producto de rivalidades personales, tenía esta importancia y esta mecánica interna. Se trataba de saber de qué forma se podía servir más eficazmente los intereses de la burguesía: si refugiándose meramente en los métodos clásicos del pablismo o adoptando organizativamente los métodos de los partidos de la burguesía republicana. Sobre esta cuestión, aunque de una manera un tanto confusa, se ha entablado uno de los principales debates del Congreso. Los practicones sindicales se han enfrontado con los individualistas del partido. Claro está que nosotros caracterizamos las tendencias independientemente de que los que hayan sido sus exponentes en esta asamblea encajen más o menos directamente dentro de cada núcleo. Nos atenemos meramente al criterio representado.

El primer debate suscitado ha sido el que ha puesto a descubierto estas discrepancias. Las dos tendencias exteriorizadas en el Congreso en sus primeras sesiones, respecto a la actitud adoptada hacia la colaboración de los socialistas con los republicanos en el movimiento revolucionario contra la monarquía, podemos caracterizarlas del siguiente modo: una de ellas (Besteiro, Saborit y, en general, la agrupación madrileña), partidaria de una posición estática, de negativa a toda acción, conservadora de la organización, francamente antirrevolucionaria y típicamente pablista, es decir, inspirada en el obrerismo reformista; otra tendencia (Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto y, accidentalmente, Largo Caballero), ajena al tradicional pablismo, puramente liberal burguesa, sin ninguna estimación por el cooperativismo sindical pablista, impregnada de «idealismo» pequeñoburgués y de un dinamismo favorable al liberalismo. Claro está que ambas están unidas por el nexo común oportunista, contrarrevolucionario y enemigo de la lucha de clases intransigente; es decir, ambas tendencias son igualmente enemigas de los ideales revolucionarios del proletariado; pero en marxistas estamos obligados a descomponer

las características de cada fracción y a no dejar reducida toda interpretación de las discrepancias surgidas a meras rivalidades personales entre jefes, aunque esto subjetivamente pueda también haber representado algún papel.

La intervención en el movimiento revolucionario contra la monarquía fué la piedra de toque de ambos criterios. Hemos de empezar primeramente por señalar la deserción de Largo Caballero del grupo pablista, al cual espiritualmente había permanecido fiel, y su incorporación al grupo liberal de Fernando de los Ríos y Prieto. Surge entonces la discrepancia fundamental. Besteiro y Saborit, fieles a las concepciones pablistas, no quieren «gastar» a la organización en movimientos revolucionarios; adoptan con la organización la misma postura que aquel que tuviera un paraguas y no quisiera sacarlo a la calle en días de lluvia para que no se moje, es decir, no quieren, en síntesis, que su organización se «moje». Encariñados con sus Comités paritarios y sus cooperativas, no quieren someter a sus organismos a la menor exposición, porque prefieren las concesiones voluntarias que les hace la burguesía.

La otra tendencia representa lo que ellos mismos califican de «emoción liberal» (mayor monstruosidad no se puede decir por elementos que se llaman socialistas), es decir, el liberalismo típicamente pequeñoburgués. A excepción de Largo Caballero, los otros dos representantes más significados han vivido siempre al margen de la organización sindical; no sienten el obrerismo pablista, aunque le exploten para sus conveniencias de fracción. Se sienten más cerca de los elementos republicanos que de los trabajadores de su propio partido. Contra la dictadura formaron bloque con los elementos republicanos, indisciplinándose incluso contra su propio partido. Durante el último período de la monarquía se manifestaron con el dinamismo peculiar de la pequeña burguesía, lo mismo que ahora, para «consolidar la República», no reparan en sancionar y ejecutar los mayores crímenes contra la clase obrera.

Consecuentes con su criterio, ante el movimiento revolucionario adoptan su postura peculiar. Largo Caballero, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos aceptan pactos y combinaciones individuales con los jefes republicanos; Besteiro y Saborit defienden la concepción ventajista del pablismo, consistente en no comprometer lo más mínimo de la organización (ni siquiera el riesgo de hacer un manifiesto en la Gráfica Socialista) y ver venir los acontecimientos para aprovecharse de ellos pasado el peligro y en la seguridad de que la burguesía precisaría de su colaboración. La lucha entre las dos fracciones se entabla, como siempre, al margen de los verdaderos intereses proletarios. Es una pugna por la mejor interpretación del oportunismo obrerista y liberal. El carácter de las discusiones y de los argumentos empleados, minucias y detalles personalistas (en esto todos han seguido la táctica pablista) ha servido para demostrar la verdadera fisonomía política de ambos grupos.

Hemos querido hacer este breve preámbulo a nuestro próximo comentario, que es, en resumen, lo que más nos interesa, sobre el alcance político de los acuerdos y debates del Congreso. Para señalar cómo el partido socialista ha acentuado su política contrarrevolucionaria es preciso hacer un análisis completo de todas sus deliberaciones y acuerdos. En el próximo número de COMUNISMO dedicaremos extensa atención al carácter del Congreso y a la política aprobada.

DIONISIO LUNA.

Ante el Congreso del Partido Socialista español

A GUISA DE PREAMBULO

No puede negarse que el socialismo español, aparte de los rasgos peculiares de todos los partidos de la Segunda Internacional en la época imperialista actual, tiene características típicamente locales que le distinguen de las otras secciones. Políticamente, mejor dicho, históricamente, el socialismo en general tiene sobre una escala mundial idéntica finalidad: ser un agente del capital en las filas de la clase trabajadora. En todo el mundo y en la etapa actual cumple políticamente a la perfección esta misión. Pero como «organismos democráticos» que no se someten más que nominalmente a la disciplina internacional, el socialismo aspira a ser «plenamente nacional» y adquiere modalidades distintas, fruto muchas de ellas de su formación diferente.

En el pasado, ninguno de los partidos de la Segunda Internacional ha sido menos «socialista» que la sección española. Cuando todavía los partidos de la Segunda Internacional rendían culto al marxismo, el partido socialista español no pasaba de ser una agrupación obrerista de tipo filantrópico. Nada ha surgido en Europa de tipo tan híbrido y de carácter tan analfabeto como el «pablismo» español. De una organización que debió estar inspirada en la lucha intransigente de clases, el «apóstol Iglesias» hizo una mixtura sensiblera y llorona de obrerismo castrado. Por eso se explica que, excepcionalmente, en España el anarquismo adquiriese la fuerza que no adquirió en otros países. El obrero avanzado, con inquietudes revolucionarias, desertaba voluntariamente del pablismo para abrazar una doctrina y una táctica más en armonía con sus aspiraciones revolucionarias. En los países en que los partidos socialistas conservaron su fisonomía marxista, el anarquismo, con su ingenua doctrina, no ha podido desarrollarse y alcanzar ascendiente. En algunas naciones, al comenzar la degeneración socialdemócrata, surgió el sindicalismo revolucionario de tipo soreliano, que fué liquidado totalmente con la Revolución rusa. El anarquismo en España, con todos sus errores, se presentaba como una mayor garantía para los obreros revolucionarios.

Precisamente por su carácter «obrerista», que no obrero, el pablismo era profundamente antiintelectual; pero entendámonos: no enemigo del arrivismo intelectual solamente, sino de lo que representase inquietud por los problemas teóricos y de lucha de clases. Los equipos dirigentes de los partidos socialdemócratas europeos han estado formados principalmente, y aún lo están, por elementos intelectuales. El abogadismo al estilo de Paul Boncour, por ejemplo, fué la principal plaga de los grupos dirigentes de la Segunda Internacional. Ellos llevaron, en la mayoría de los casos, a los partidos reminiscencias de su educación pequeñoburguesa de clase media, prejuicios que mocularon en el movimiento obrero. Fueron también ellos

los propagadores del electoralismo socialista, que desde antes de 1914 y actualmente corroe la médula de los partidos socialdemócratas. Fué un abogado, Millerand, el primero que planteó el problema de la colaboración ministerial socialista.

Sin embargo, el pablismo, o sea nuestro socialismo autóctono, veía en el intelectual, más que estos defectos, otros peligros. El intelectual era para el pablismo (el caso Jaime Vera es bastante elocuente a este respecto) un removedor de la quietud plácida del partido y, sobre todo, de la modorra sindical al calor de la base múltiple. Pablo Iglesias logró así crear una organización disciplinadamente hermética, de una característica chabacanería de obrero artesano pulcro y buen padre de familia. Se valorizaba más, según la moral pablista, el no ser fumador o el no gustar del alcohol ni siquiera en las comidas, que el ser un obrero revolucionario combativo. El tipo de obrero al que en régimen dictatorial de Primo de Rivera se premiaba con la «medalla del Trabajo» por sus reiterados servicios en una misma empresa, era moralmente y en potencia un obrero pablista 100 por 100. El pablismo no concebía la «bohemia revolucionaria» del obrero que se ve obligado a emigrar de un taller a otro por su espíritu de indómito rebelde. El pablismo era, por otra parte, agrio y anticordial. Este era su contorno esencial.

Se ha elevado a categoría política por los socialistas, con la ferviente colaboración de la Prensa burguesa, lo que pudiéramos llamar moral pablista. Oyendo argumentar a los socialistas en torno a este tema, no encontramos diferencia alguna con el sentido que la pequeña burguesía, la clase media, da a la moral. Es la misma mentalidad la que transpira a través de sus palabras; es idéntica limitación de mentalidad y semejante cretinismo moralista. Entre ambas concepciones existe una gran semejanza. Los matices humanos del ser social son exactamente igual de incomprendidos. Viven apegados a la tradición y temen toda inquietud que venga a sacarlos de su *standard* de vida espiritual. Ante la semblanza que nos hacen de Pablo Iglesias, y que responde a la realidad, su personalidad pierde todo rasgo humano, se convierte en «un santo», ni siquiera nacional, sino meramente casero, madrileño: un plato local, como el cocido.

Todo un fantástico mito se ha elevado en España en torno a la figura de Pablo Iglesias; mito que, aunque no sirve para frenar gran cosa el movimiento revolucionario, es preciso destruir. Las jóvenes generaciones obreras españolas no sienten ya el menor respeto hacia la figura del «apóstol Iglesias», pero es preciso poner al desnudo todo el mal que con su mezquino criterio causó a la clase trabajadora española. No ya por su indigencia teórica bochornosa (se quiere disculparle alegando que fué un obrero; podemos replicar que fué un obrero que trabajó en su oficio hasta la edad de veintidós años y que después fué sólo un propagandista profesional, y que obreros manuales han sido también muchos de los mejores teóricos del socialismo, comunismo y anarquismo), sino por la difusión de su opio reformista, que, como corolario lógico, ha conducido a las actuales traiciones del partido.

De todas las cualidades que sus panegiristas adjudican a Iglesias, la única que responde a la realidad es la de que fué un buen organizador. Acertó a crear una organización bien estructurada y disciplinada. Logró someter a la dirección del partido a todas las individualidades; cosa justa en principio, pero solamente en principio, porque la finalidad era lograr un borreguil acatamiento a la política reformista del partido. Con ello obtuvo, ciertamente, el que se alejasen del socialismo los intelectuales arrivistas e indisciplinados que

obran en los partidos por su propia cuenta, sin respetar la disciplina de la organización. Esta política es la que prevaleció durante toda la vida de Iglesias y la que continuó practicándose hasta que ha habido por medio la perspectiva de carteras ministeriales. En vida de Pablo Iglesias la gestión personal cerca de un partido o de un núcleo político de individuos hubiera acarreado la expulsión. La gestión política sólo era de la competencia de los organismos directores responsables. Controlada la organización por Iglesias, el individualismo político estaba excluído. Por esto Indalecio Prieto, hasta la muerte de Iglesias, no destacó a gusto su personalidad individual.

El desplazamiento total de los partidos socialistas de todo el mundo hacia el campo de la burguesía obligó también al socialismo español a cambiar los métodos de orientación de su organización interna. Dejó de ser puramente un partido obrerista para convertirse en un apéndice de la burguesía republicana. Y con esto empezaron a infiltrarse los métodos peculiares de estos partidos. El sistema pablista de organización fué substituído por la politiquería individualista peculiar de los partidos de la pequeña burguesía republicana. Pero es evidente que una herencia tan fuertemente arraigada en las costumbres del aparato del partido como es el pablismo no había de resignarse tan fácilmente a su desaparición. Las supervivencias pablistas habían de luchar con el máximo tesón a pesar de las deserciones habidas.

En lo que se refiere a los problemas interiores del partido, esto es lo que principalmente se ha litigado en el Congreso socialista, que todavía continúa sus sesiones cuando escribimos estas líneas. Lo que el público ha tendido a interpretar como exclusivamente un producto de rivalidades personales, tenía esta importancia y esta mecánica interna. Se trataba de saber de qué forma se podía servir más eficazmente los intereses de la burguesía: si refugiándose meramente en los métodos clásicos del pablismo o adoptando organizativamente los métodos de los partidos de la burguesía republicana. Sobre esta cuestión, aunque de una manera un tanto confusa, se ha entablado uno de los principales debates del Congreso. Los practicones sindicales se han enfrontado con los individualistas del partido. Claro está que nosotros caracterizamos las tendencias independientemente de que los que hayan sido sus exponentes en esta asamblea encajen más o menos directamente dentro de cada núcleo. Nos atenemos meramente al criterio representado.

El primer debate suscitado ha sido el que ha puesto a descubierto estas discrepancias. Las dos tendencias exteriorizadas en el Congreso en sus primeras sesiones, respecto a la actitud adoptada hacia la colaboración de los socialistas con los republicanos en el movimiento revolucionario contra la monarquía, podemos caracterizarlas del siguiente modo: una de ellas (Besteiro, Saborit y, en general, la agrupación madrileña), partidaria de una posición estática, de negativa a toda acción, conservadora de la organización, francamente antirrevolucionaria y típicamente pablista, es decir, inspirada en el obrerismo reformista; otra tendencia (Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto y, accidentalmente, Largo Caballero), ajena al tradicional pablismo, puramente liberal burguesa, sin ninguna estimación por el cooperativismo sindical pablista, impregnada de «idealismo» pequeñoburgués y de un dinamismo favorable al liberalismo. Claro está que ambas están unidas por el nexo común oportunista, contrarrevolucionario y enemigo de la lucha de clases intransigente; es decir, ambas tendencias son igualmente enemigas de los ideales revolucionarios del proletariado; pero en marxistas estamos obligados a descomponer

las características de cada fracción y a no dejar reducida toda interpretación de las discrepancias surgidas a meras rivalidades personales entre jefes, aunque esto subjetivamente pueda también haber representado algún papel.

La intervención en el movimiento revolucionario contra la monarquía fué la piedra de toque de ambos criterios. Hemos de empezar primeramente por señalar la deserción de Largo Caballero del grupo pablista, al cual espiritualmente había permanecido fiel, y su incorporación al grupo liberal de Fernando de los Ríos y Prieto. Surge entonces la discrepancia fundamental. Besteiro y Saborit, fieles a las concepciones pablistas, no quieren «gastar» a la organización en movimientos revolucionarios; adoptan con la organización la misma postura que aquel que tuviera un paraguas y no quisiera sacarlo a la calle en días de lluvia para que no se moje, es decir, no quieren, en síntesis, que su organización se «moje». Encariñados con sus Comités paritarios y sus cooperativas, no quieren someter a sus organismos a la menor exposición, porque prefieren las concesiones voluntarias que les hace la burguesía.

La otra tendencia representa lo que ellos mismos califican de «emoción liberal» (mayor monstruosidad no se puede decir por elementos que se llaman socialistas), es decir, el liberalismo típicamente pequeñoburgués. A excepción de Largo Caballero, los otros dos representantes más significados han vivido siempre al margen de la organización sindical; no sienten el obrerismo pablista, aunque le exploten para sus conveniencias de fracción. Se sienten más cerca de los elementos republicanos que de los trabajadores de su propio partido. Contra la dictadura formaron bloque con los elementos republicanos, indisciplinándose incluso contra su propio partido. Durante el último período de la monarquía se manifestaron con el dinamismo peculiar de la pequeña burguesía, lo mismo que ahora, para «consolidar la República», no reparan en sancionar y ejecutar los mayores crímenes contra la clase obrera.

Consecuentes con su criterio, ante el movimiento revolucionario adoptan su postura peculiar. Largo Caballero, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos aceptan pactos y combinaciones individuales con los jefes republicanos; Besteiro y Saborit defienden la concepción ventajista del pablismo, consistente en no comprometer lo más mínimo de la organización (ni siquiera el riesgo de hacer un manifiesto en la Gráfica Socialista) y ver venir los acontecimientos para aprovecharse de ellos pasado el peligro y en la seguridad de que la burguesía precisaría de su colaboración. La lucha entre las dos fracciones se entabla, como siempre, al margen de los verdaderos intereses proletarios. Es una pugna por la mejor interpretación del oportunismo obrerista y liberal. El carácter de las discusiones y de los argumentos empleados, minucias y detalles personalistas (en esto todos han seguido la táctica pablista) ha servido para demostrar la verdadera fisonomía política de ambos grupos.

Hemos querido hacer este breve preámbulo a nuestro próximo comentario, que es, en resumen, lo que más nos interesa, sobre el alcance político de los acuerdos y debates del Congreso. Para señalar cómo el partido socialista ha acentuado su política contrarrevolucionaria es preciso hacer un análisis completo de todas sus deliberaciones y acuerdos. En el próximo número de COMUNISMO dedicaremos extensa atención al carácter del Congreso y a la política aprobada.

DIONISIO LUNA.

Otra crisis en el Partido Comunista español

Después del Congreso nacional del Partido oficial en Sevilla era evidente para todo militante comunista consciente que la situación no había sufrido cambio alguno, ni interior ni exteriormente. Ante el malestar general que se exteriorizaba en la base del Partido, la I. C. se creyó obligada a intervenir. Lo hizo, naturalmente, de una manera burocrática y con arreglo a los métodos stalinianos. Directamente el C. E. de la I. C. había dirigido la política de la Sección española; a la hora de buscar a los responsables de los errores, cargó el muerto a sus cómplices españoles. Pero a continuación surgió el inevitable compromiso. Se encontraron dos víctimas propiciatorias: los militantes de base y el «trotskismo». El Congreso de Sevilla se celebró bajo este santo y seña. Los militantes de base no habían sabido interpretar las directivas del Comité Ejecutivo; el «trotskismo» se había infiltrado en las filas de la organización, tratando de desmoralizarla. Y todo aquel militante que habiendo tomado demasiado en serio las críticas de la «carta abierta» quiso plantearlas en el Congreso, fué obligado a la capitulación o excluido. Así los que eran los acusados se convirtieron en los acusadores; prevaleció el *statuto quo* y permanecieron en sus puestos los mismos dirigentes. Al militante ingenuo se le tranquilizó haciéndole creer que las faltas no se repetirían en el porvenir, que había que posponerlo todo a la unidad del Partido y que el «trotskismo» contrarrevolucionario había sufrido una derrota.

Sólo al stalinismo se le puede ocurrir en su ceguera burocrática que por muy tiránico que sea el régimen oligárquico establecido y por muy serviles que sean los epígonos de Stalin en todos los países se pueda engañar y ahogar eternamente el espíritu crítico revolucionario de los trabajadores comunistas. Durante un cierto espacio de tiempo, durante toda una época si se quiere, se podrá mantener en el engaño a un sector del proletariado, como hizo en el pasado la burguesía y como hace en la actualidad el reformismo. Sin embargo, la capacidad crítica y revolucionaria del proletariado es inagotable y no podrá embotarla ningún tóxico ideológico. El stalinismo, tarde o temprano, será barrido. Ya se quebranta su poder en la Unión Soviética. Las crisis que con frecuencia se producen en los partidos no son, en el fondo, más que brotes de esa facultad crítica y revolucionaria que distingue a la clase trabajadora políticamente avanzada. Cuando las críticas no encuentran un cauce en el terreno normal democrático, el malestar se extiende subrepticiamente, esterilizando y desmoralizando a los militantes. Los dirigentes notan entonces una atmósfera cargada, que no estalla, pero que acogota. Cuando llegan estos casos, el stalinismo lleva a cabo una extirpación de personas para así poder mantener sus métodos y su ideología.

Por unas semanas, por unos meses incluso, el Congreso de Sevilla y sus resultados pudieron contener las inquietudes de la base. Pero la reincidencia en los errores políticos, las campañas de gran envergadura demagógica, la pérdida de toda influencia sindical a consecuencia de aventuras escisionistas, las bajas en masa de las filas del partido, la gran orgía de cargos retribuídos, el aplastamiento de toda crítica, la exclusión de militantes, la persecución y la difamación como armas políticas han conducido nuevamente al Partido a una situación grave. «Velando por los intereses del Partido», el Comité Ejecutivo de la Internacional se ha visto obligado a intervenir, es decir, una nueva crisis se ha abierto en la Sección española. Crisis que se desarrolla en medio del mayor secreto y que todavía no ha trascendido a la base del partido.

Nosotros somos, ante todo, servidores de la verdad; por eso hemos de empezar por advertir que los informes que hemos logrado obtener sobre la crisis no hemos podido confirmarlos de una manera plena a consecuencia de la forma extremadamente secreta como se realizan las gestiones. Sin embargo, podemos decir que, salvo cuestiones de detalle, seguramente nuestra información no podrá ser desmentida.

Recientemente, en una reunión del C. E. de la I. C., Manuilsky, el de los tristes destinos, se expresó así, refiriéndose a España: «Hemos perdido una revolución... y quizá también un partido.» Claro está que si Manuilsky esta vez ha dicho una verdad, una verdad a medias, porque debió agregar: «... gracias a la política stalinia-na», hay que recordar que en febrero de 1930 el mismo Manuilsky decía: «Los movimientos de este género (el proceso revolucionario en España) desfilan sobre la pantalla histórica como un episodio que no deja trazas profundas en el espíritu de las masas trabajadoras, que no enriquecen su experiencia de lucha de clases. Una huelga parcial puede tener para la clase obrera internacional una importancia más sugestiva que cualquier «revolución» del género español que se efectúe sin que el P. C. y el proletariado ejerzan un papel dirigente.» La versatilidad de Manuilsky es proverbial. Por eso su frase actual carecería de importancia si no fuera el árbitro presente de la I. C. y si bajo la expresión no se ocultara el pensamiento de una línea de conducta. El C. E. de la I. C. expresaba así, por boca de su *factótum*, que había llegado el momento de hacer una operación quirúrgica para extirpar el quiste de un grupo dirigente y lograr al mismo tiempo conservar la esencia del stalinismo mediante un equipo directivo de repuesto. En esta situación nos hallamos. Se ha dado la cesantía a unos funcionarios y se ha nombrado para los empleos vacantes a flamantes y nuevecitos elementos.

Ultimamente, delegados autorizados de la I. C. (los nombres, aunque los conocemos, no hacen al caso, porque pueden servir de referencias policíacas) han celebrado seguidos conciliábulos con los dirigentes. Consecuencia de estas reuniones fué el acuerdo de destituir de sus cargos a José Bullejos, Manuel Adame, Gabriel León Trilla y Etelvino Vega. Para substituir a éstos fueron designados militantes de segunda fila, cuyos nombres tampoco creemos oportuno revelar. Bullejos, Vega y Adame (Trilla hace tiempo que se encuentra en Moscú) fueron invitados a trasladarse a Rusia. Con ello se perseguía el propósito de retenerlos allí y evitar que en España pudieran llevar a cabo una campaña de sabotaje contra las decisiones de la I. C. y contra la nueva dirección. Claro está que, de primera intención, los tres se rebelaron contra el acuerdo y amenazaron con la escisión en el Partido. Finalmente, es el signo de todos los burócratas, capitularon Bullejos y Vega. Adame se ha colocado en rotunda negativa; su contestación, al parecer, ha sido: «Para ser comunista no preciso tener el *carnet* del Partido.» Según nuestros informes, se trata de excluirle de las filas del Partido.

Estos son los hechos escuetos que han llegado a nuestro conoci-

miento. No respondemos en absoluto de su veracidad, pero creemos que en lo esencial se ajustan a la verdad. El tiempo se encargará de confirmarnos o rectificarnos. Sabemos, por otra parte, que la crisis del Partido español no tardará en tomar estado oficial y público. Hasta ahora todas las negociaciones se han llevado con el máximo sigilo. La inmensa mayoría de los militantes, incluso los de Madrid, ignoran la crisis. Se limitan, de una manera ingenua, a calificar todos estos hechos de «patraña trotskista». Los dirigentes actuales han procurado ocultar la crisis; pero no podrán evitar el hacer pública la resolución recaída.

Oportunamente dedicaremos la atención política necesaria al tema, es decir, abordaremos el problema cuando se conozca al detalle toda la tramitación y resolución. Hoy sólo queremos, una vez más, destacar los procedimientos imperantes bajo la actual dirección de la I. C. Se remueve fundamentalmente a los elementos dirigentes nacionales y se designan otros nuevos para substituirlos, sin que en toda esta combinación de personal tenga la menor intervención la base del Partido ni se la pida opinión. A hurtadillas se *resuelven* los grandes problemas del Partido para después pedir a éste nuevamente la ratificación de lo realizado. Ninguna garantía de democracia interna le ofrece el stalinismo al militante comunista. Y si algo a este respecto se le concede es meramente bajo la presión de la crítica política constante de la Oposición de Izquierda. Los afiliados se encontrarán en breve con que, después del Congreso de Sevilla, «en que todo se resolvió», a los siete meses se jubila al núcleo principal de la dirección nombrada entonces y se le substituye por otro, sin consultarles si los componentes son de su confianza y dignos de los cargos para que han sido nombrados.

En la Internacional, y por tanto en todas sus Secciones, impera un régimen interno malsano, acogotador, envilecedor. Se impone una obediencia cuartelaria y no una disciplina revolucionaria consciente. El problema no es sólo de hombres: es de régimen. Sanear el régimen es la primera medida a realizar para obtener una política comunista acertada. Este régimen interior permite el triunfo del arrivismo, del profesionalismo político en el peor sentido de la palabra, de los crímenes políticos, de la irresponsabilidad, del aventurerismo. Aleja de las filas del comunismo a los trabajadores revolucionariamente honrados. Por eso la tarea más inmediata de los comunistas no corrompidos por el stalinismo es purificar los métodos de nuestro organismo internacional.

Desde luego, se tratará de realizar una maniobra de gran envergadura, para dar la sensación de que los errores cometidos, y que no pueden silenciar, eran producto meramente del equipo Bullejos-Trilla-Adame. Quizás muy en breve se desencadene una campaña violenta con estos individuos. Ahora se les sacarán a relucir todo género de faltas. Ya particularmente recurren a esta labor los nuevos dirigentes. La experiencia internacional y la nacional ya nos han enseñado lo que suponen en la práctica estos virajes. No por ello la Izquierda Comunista ha de dejar de solicitar su reingreso colectivo. Al stalinismo hay que colocarle ante el terreno de los hechos para que se descubra en toda su realidad.

EMILIO RUIZ.

¿VIRAJE O COMPROMISO?

La historia de la Internacional Comunista en estos últimos años es una gran madeja de errores y «virajes», de descalabros y correcciones sin límites. El «trotskismo», genial creación de Zinoviev-Bujarin, ha sido y es el blanco de todas las calumnias, de todos los insultos y de no pocas infamias cada vez que los actuales dirigentes de la Internacional Comunista han querido justificar posiciones falsas por ellos adoptadas. Y ese caso se ha dado antes y después de la sucesión de los hechos, en cada caso concreto que la Oposición Comunista de Izquierda Internacional denunciaba el peligro que la adopción de una medida o una posición por parte de la Internacional Comunista suponía, y cuando los hechos confirmaban la justeza de las predicciones de la Oposición. Denunciábamos el peligro que encarnaba la posición adoptada por la Delegación soviética en el Comité Anglorruso por considerar que los delegados rusos iban a remolque de Purcell, Citrine y compañía, y se nos llenaba de improperios, de insultos y calumnias; pero los acontecimientos confirman nuestra tesis y la hacen buena, y entonces se hace todo lo posible para demostrar que nosotros hemos sido los responsables del fracaso de dicho Comité. Denunciamos como nociva a los intereses de la Revolución china la colaboración dentro del Kuomintang, sobre todo después de haber comprobado el doble juego de Chang-Kai-Chek; apuntamos los peligros que ello supone y abogamos por la ruptura orgánica entre el Partido Comunista chino y el Kuomintang, y por ello somos calificados de derrotistas y enemigos de la Revolución china. Los hechos se encargan de darnos la razón, y entonces los stalinianos pretenden que todos los errores cometidos lo fueron por obra y gracia de los «trotskistas» que dirigían el P. C. chino; y si no había un solo oposicionista en la dirección de dicho P. C., se cataloga como tal al primer burócrata irresponsable e inhábil que encuentran a mano, aunque poco después finja una capitulación y un sometimiento a la «justa línea política de la I. C.». Fué la Oposición Comunista de Izquierda en Rusia la primera defensora, la precursora del Plan quinquenal, que en los primeros tiempos, allá en el año 1925, se calificaba simplemente de «industrialización de la U. R. S. S.», y por ello se la acusa de fomentar el divorcio entre la industria y la agricultura, y porque la Oposición estima que el Plan quinquenal debe beneficiar principalmente al proletariado, al obrero que hizo triunfar la Revolución, agravando la situación del *kulak* y del *nepman* en general, por ello se nos acusa de obstaculizar el equilibrio del régimen soviético y de provocar la disociación entre el campesino y el obrero industrial. Pero después se opera el «viraje» por decreto, desde arriba, y se trata de hacer triunfar un Plan quinquenal bastardo, que, aunque copia mucho del preconizado por la Oposición, difiere en muchos aspectos, y, sobre todo, se emplea un método de aplicación dictatorial y burocrático forzado y sin que las masas obreras y campesinas que han de aplicarle le comprendan, y empieza a germinar el desconcierto y las dificultades; el Plan quinquenal no logra sus objetivos. Hay que buscar un culpable, y se vuelven los

ojos hacia la Oposición Comunista de Izquierda. Los «trotskistas», a quienes se acusa de ser enemigos del Plan quinquenal, son los responsables de las dificultades, e incluso del fracaso, si éste se produce, del mismo.

Estos hechos se suceden a un ritmo acompasado en todos los acontecimientos en que la Internacional Comunista interviene después de 1924. Los llamados «virajes» encierran siempre un doble contenido: salvar la responsabilidad de los burócratas dirigentes y cargar la responsabilidad de los errores en aquellos que fueron los primeros en ver y denunciar el peligro. De donde se deduce que no solamente la honradez y la sinceridad están ausentes al operarse esos «virajes», sino que éstos no se efectúan sino de una manera superficial y falsa, incurriendo, por ende, en un nuevo error que algún día exigirá un nuevo «viraje». Para que el cambio se efectúe no se trata de cambiar de dirigentes, ni de reconocer que se cometió un error tratando de buscar un culpable. Se trata no de corregir los errores desde arriba y sin la intervención de la base, sino de hacer que sea la base, la organización en su conjunto la que vea, estudie y corrija los errores. No es un problema de personas más o menos competentes, mejor o peor intencionadas; es un problema de régimen interior de la Internacional Comunista, un problema de dictadura burocrática desde arriba que mata toda iniciativa de la organización, a pesar de los falsos «virajes».

* * *

Se impone un verdadero viraje en toda la política de la Internacional Comunista, no como algunos creen que las cosas puedan resolverse en la escala nacional. No se trata, lo hemos dicho repetidas veces de reemplazar a este o aquel dirigente por otro menos gastado, menos desprestigiado; no se trata de un mal existente en esta o aquella sección de la Internacional Comunista. El mal es mucho más profundo y abarca a toda la Internacional y a todas sus secciones en mayor o menor grado: se trata de dejación de las ideas bolcheviques, de la suplantación de la teoría y la táctica revolucionarias de Marx y Lenin por el eclecticismo stalinista, que se ha impuesto en la Internacional. Para retrotraer las cosas a su verdadero cauce hay que restablecer la democracia comunista en el seno de la I. C. y hacer que sea la base, la organización misma la que efectúe el viraje, que éste no se haga desde arriba y por decreto, que pudiéramos decir. Los «virajes» que actualmente efectúa la I. C. no son la consecuencia lógica de un estudio meditado y reflexivo de una organización que estudia en la teoría y en la práctica; no son el fruto de un examen de los errores cometidos por la organización hecho por ésta misma, sino un compromiso obligado de los dirigentes para ver el fracaso de su política y tratar de salvar su responsabilidad. Las masas obreras, esas masas tan traídas y llevadas, en frases, por los dirigentes stalinianos, llegan a comprender su papel cuando alguien las habla con honradez y claridad, y es entonces cuando se crea esa situación de compromiso que obliga a la burocracia a operar un «viraje». Y no es que consideremos que un dirigente de una organización comunista tenga que estar dotado del don de infalibilidad para no equivocarse nunca ni tener que verse obligado a efectuar virajes. Creemos que cualquier dirigente puede sufrir errores y verse obligado a corregirlos noble y honradamente; pero esos errores se evitan en gran parte cuando es la organización en su conjunto la que se da sus directivas y orientaciones para cada caso democráticamente. A pesar de todo, es indiscutible que, puesto que no somos infalibles ni vivimos una época de hombres perfectos, deberán operarse virajes verdaderos en nuestras actuaciones. Pero lo noble, lo procedente, es hacerlo a la luz pública y de una forma honrada, reconociendo las faltas y errores cometidos sin pretender hacer responsable al vecino. No esperar para efectuar el viraje a que llegue el momento de compromiso y el apuro, porque eso dice muy poco a favor de la vanguardia del proletariado, que debe ser el Partido Comunista.

* * *

Recientemente y bien cerca, aquí, en España, hemos visto operarse algunos de esos «virajes» clásicos del stalinismo. Y lo peor del caso es que en esta ocasión hay que anotar ciertas agravantes en contra de nuestros stalinianos. Veamos algunos casos concretos:

El P. C. de España ha hecho múltiples equilibrios para fijar su posición en lo referente a la actitud a adoptar con respecto a la nueva ley de Asociaciones. Primeramente hace una crítica de dicha ley, que es justísima y que nosotros compartimos por entero. Pero es el caso que no es difícil coincidir, incluso con los amigos de Pestaña, en apreciar el carácter de la ley de Largo Caballero. Lo que se trata es de fijar nuestra posición frente a la misma y de concretar los medios a emplear para que nuestro criterio triunfe. El P. C., su dirección, se enzarza hasta último momento en una crítica general de la ley y de la actitud que los demás sectores obreros habrán de adoptar sobre el particular. Ese hecho es en sí un formidable defecto de impotencia e incapacidad que jamás debe dar la vanguardia del proletariado; porque no somos comunistas por criticar a los sindicalistas, anarquistas y socialistas, sino por poseer unas doctrinas y una táctica revolucionarias las más capaces de dar satisfacción a las aspiraciones e intereses de clase del proletariado. Nuestro deber consiste en decir por qué los demás sectores del campo obrero no están en lo justo, en cada caso concreto que se plantee a la clase obrera; pero ante todo debemos indicar cuál es el camino a seguir. Si nos limitamos a hacer una labor crítica y negativa incurrimos en un defecto completamente burgués y no cumplimos con nuestro deber de comunistas.

Fué necesario que nosotros, Izquierda Comunista Española, fijásemos nuestra posición sobre el problema en el número 16 de COMUNISMO, para que en la Asamblea del Olimpia, en Madrid, el P. C., después de criticar a anarquistas y sindicalistas, se inclinase por nuestra tesis (sin decirlo, desde luego, pero defendiéndola). No defendemos unas ideas nosotros por el gusto de comprobar que teníamos razón, sino porque estamos persuadidos de que así defendemos los intereses de clase del proletariado, nuestros propios intereses de clase. Y si citamos este hecho lo hacemos exclusivamente para ayudar al P. C., a nuestro Partido, aunque de él se nos haya excluído arbitrariamente por quienes arbitrariamente cometen los errores que mencionamos, a buscar de nuevo la línea justa del bolchevismo. Por eso apuntamos el caso anterior y nos congratulamos del hecho. Pero, por otro lado, vemos con pena cómo el Partido, por medio de sus representantes en la Asamblea del Olimpia, enfocó el problema del frente único para luchar contra la ley en cuestión. Aparentemente, a pesar de la intervención de algunos furibundos stalinistas, que con ademanes descompuestos quisieron dar torcida interpretación a mi intervención (y conste que yo, en la Asamblea, intervine no a título personal, sino representando a la Izquierda Comunista), la Asamblea se manifestó por el frente único de todas las organizaciones obreras,

propuesto directamente a las mismas, que es, ni más ni menos, lo que yo dije. Pero al final de la Asamblea se escamoteó torpemente mi propuesta, al mismo tiempo que se me negaba la palabra para una segunda intervención. Vemos, pues, que el P. C. opera un «viraje» obligado, comprometido por una Asamblea que él mismo preparó; pero después se procede de manera distinta, con vaguedades. Es así como el P. C. se divorcia de la clase obrera y es así como se ve que en vez de viraje es un compromiso lo que se realiza. Y los efectos son siempre desastrosos. Yo dije en la Asamblea mencionada que había que efectuar el frente único, proponiéndole a las organizaciones obreras existentes, a la C. N. T. en primer lugar, puesto que es la primera víctima de la ley de Asociaciones. Agregué que si los dirigentes de la C. N. T. se niegan a ese frente único, entonces serían acreedores a que les calificásemos de traidores, conscientes o inconscientes. Algunos de los stalinianos que en la Asamblea quisieron interpretar esto como que yo consideraba traidores de antemano a los dirigentes de la C. N. T. (aunque ellos los consideran sin hacer la experiencia que yo proponía), son los que siempre escamotean acuerdos como el que recayó en la Asamblea y los que hacen todo lo posible por que el frente único no sea lo que debe ser. Es ésa una de las características más salientes de los «virajes» que al principio hemos señalado.

Otro «viraje», otro ejemplo que queremos señalar, es lo ocurrido en el Congreso del Socorro Rojo Internacional, recientemente celebrado en Madrid. La organización de Madrid de la Izquierda Comunista me designó para intervenir, con el fin de aclarar lo que había motivado nuestra exclusión del S. R. I. No quisimos intervenir hasta la última sesión, para no dar motivos a que pudieran decir que pretendíamos perturbar el Congreso. En nuestro poder teníamos dos cartas del S. R. I., en las que se decía que los «contrarrevolucionarios» no podían pertenecer a dicha organización, y en las que se hacían algunas excepciones entre los «trostkistas», que, como todos sabemos, son calificados de «contrarrevolucionarios» por los stalinianos. Pero después de nuestra intervención, después de haber patinado y retrocedido lamentablemente los dirigentes del S. R. I. ante el Congreso, éste acuerda, no sin antes declarar que los «contrarrevolucionarios» no pueden pertenecer al S. R. I., que los trotskistas tienen abiertas las puertas de la organización para ingresar cuando quieran. Claro que algunos camaradas declararon que «en el S. R. I. podemos convivir con los camaradas trotskistas, aunque en el terreno político les combatamos». Como se ve, el lenguaje ése es diferente al que a diario emplean contra nosotros. ¿Se trata de un viraje? Creemos que no, y la experiencia nos lo enseña, y que de lo que se trata es de un compromiso en el cual fueron puestos con nuestra intervención.

Esos dos ejemplos vividos recientemente confirman nuestra tesis acerca de los virajes en la I. C. Repetimos de nuevo que no podrán efectuarse cambios serios en la política de la I. C. mientras no sea la base la que los determine; no cambiando de dirigentes, sino de política y de táctica.

Y ni que decir tiene que la Izquierda Comunista Española estará siempre al lado del Partido Comunista, como lo estará la Izquierda Comunista Internacional al lado de la I. C. para ayudar a corregir los errores y defectos, pero a corregirlos de verdad y como corresponde a verdaderos bolcheviques.

HENRI LACROIX.

Carta de la Unión Soviética

POR UN NUEVO VIRAJE; LA CRISIS DE LA ECONOMIA SOVIETICA

Hay entre los hechos de la vida económica de la U. R. S. S. y sus reflejos en los periódicos, e incluso en los informes oficiales, una gran diferencia que no hace más que crecer. La verdad sobre la verdadera situación de la industria no encuentra un cauce por donde exteriorizarse. El número reforzado de controladores no sirve para hallar más fácilmente a los culpables. Por todas partes la producción está a un nivel más bajo que el indicado por el plan. La baja del ritmo de producción es una de las causas profundas del aumento de las desproporciones. Toda producción, cualquiera que sea la importancia de las fuerzas utilizadas, se encuentra limitada por elementos mínimos. Las grandes construcciones se encuentran algunas veces paralizadas por causas secundarias, y después de su ejecución no pueden ser puestas en marcha por una u otra de estas razones: errores de cálculo o déficit. Las fábricas no terminadas o que no trabajan a pleno rendimiento (algunas veces trabajan el veinte o treinta por ciento de sus posibilidades), rebajan el coeficiente general del aumento; de hecho, un peso muerto sobre la producción que sale. Además, como las desproporciones se acumulan cada vez más y aumentan siempre, el resultado es una baja del coeficiente general del aumento, cada vez más desesperante.

Las causas más importantes de la baja de la productividad, del aumento del precio de costo y de la baja de la calidad de la producción, así como, paralelamente, del aumento de la mercancía al desecho, es el mal, el insuficiente, el irregular aprovisionamiento de los obreros, lo cual aniquila su tensión nerviosa. Actualmente ya no se puede, evidentemente, hablar de la realización del plan quinquenal en cuatro años. Los déficits y las fisuras se acumulan en diferentes ramas, y principalmente se han manifestado este último año con una fuerza considerable. La falta de una parte cualquiera, algunas veces relativamente mínima, detiene en la fábrica toda la producción. Por ejemplo, decenas de tractores salen sin radiador. Según la estadística, cada tractor podemos decir que está terminado en un 95 ó 99 por 100; pero, prácticamente, no está terminado del todo. La falta de radiadores no tiene un carácter ocasional; es que otra fábrica no le facilita el material necesario. Y esto, a su vez, tiene causas objetivas. Evidentemente todos estos obstáculos son, en fin de cuentas eliminados; pero para esto es necesario tiempo.

El trabajo continuo bajo el látigo conduce no a la eliminación de las desproporciones que se acumulan, sino, al contrario, a su ampliación. Así ocurre, por ejemplo, en la fábrica de automóviles de Nijni-Novgorod. Toda la administración corre de una materia prima a otra,

a una factoría y de nuevo a las materias primas, para salir del compromiso presente o alcanzar el detalle que falta, etc.... El asunto vegeta así hasta que llega un estallido importante, después de lo cual se envían las brigadas de la *Pravda* o de la Comisión Central de Control, u otros estimulantes, que remiten telegramas, buscan un culpable, se burlan de las «causas objetivas» y hacen descansar todo en la «buena voluntad», o, dicho de otra manera en los músculos y los nervios del obrero. Una de las causas objetivas que tiene más importancia en la ruina del desarrollo planificado de la economía, es, evidentemente, la relación entre la agricultura y la industria. Sobre esta línea el problema no sólo no está resuelto, sino incluso la dirección no ha acertado a plantearlo de un modo justo. Lenin ha formulado en su tiempo la tarea principal de la Nep como la creación de una ligazón económica (*smytchka*) entre la ciudad y el campo. Durante toda una serie de años la palabra *smytchka* (ligazón) era el punto principal de todos los discursos y artículos. Ante todo se nos acusa principalmente a nosotros, los oposicionistas de izquierda, de que con nuestra política de aceleración de la industria corremos el riesgo de destruir la ligazón (*smytchka*). Ahora la consigna de *smytchka* está por completo en desuso. No la encontraréis nunca en un artículo periodístico. Y si un orador cualquiera se permitiera recordar la *smytchka*, sería acusado de contrarrevolucionario. Se considera, como si esto se dedujera solo, que el problema de la ligazón se encuentra resuelto en sí por el hecho de la colectivización de la mayoría de la clase campesina y que, en definitiva, no se debía plantear este problema. La burocracia, en este problema como en muchos otros, substituye el fondo por la forma.

En realidad la colectivización administrativa no sólo no ha resuelto el problema de la ligazón, sino que en la etapa actual, en la situación concreta presente, la ha complicado grandemente, y, en cierto sentido, ha complicado su solución. Sólo puede mejorar y realizar la ligazón un cambio de productos justo, normal, ventajoso para las dos partes, la agricultura y la industria. ¿Este cambio será estrictamente «equivalente», en el sentido marxista de la palabra, o se separará de la equivalencia? No hay que encastillarse en esta pregunta. Prácticamente el problema no se plantea así. El campesino debe recibir, a cambio de su trigo, productos manufacturados en condiciones que no sean más malas que las que había bajo el capitalismo. Este es el simple límite de la ligazón. Es evidente que la ligazón será mejor y permitirá todas las esperanzas, cuando la industria soviética comience a dar al campesino, a cambio de su trigo y de sus otros productos, productos manufacturados no sólo más ventajosos que antes de la revolución, sino también más ventajosos que sobre el mercado mundial. Desde este momento la interdependencia de la ciudad y del campo, del obrero y del campesino estará seriamente protegida de la influencia del capitalismo mundial, no sólo por el monopolio del comercio exterior y del Ejército, sino también por su propia ventaja económica, lo que es lo más importante de todo.

Es así como nosotros, los oposicionistas de izquierda, hemos comprendido siempre el problema de la ligazón. Por esto en su época hemos opuesto a la consigna de «cara al campo», la consigna económica muy seria de «la industria, cara al campo». Por esto poníamos siempre por delante el problema de las tijeras entre los precios industriales y los agrícolas. En la desaparición de las tijeras veíamos los criterios muy importantes de los éxitos o de los fracasos de la economía soviética, e incluso el grado de solidez de toda la armadura de la dictadura. Volvemos a estos problemas elementales porque son

conscientemente deformados en la Memoria del Partido. Además, todos nuestros camaradas saben que es completamente necesario, cueste lo que cueste, poner en primer plano el problema de la ligazón. Una realización verdadera de la ligazón significaría la separación de los obstáculos entre la ciudad y el campo.

Se ordena a las fábricas que emprendan el camino del aprovisionamiento individual, que monten sus propias huertas, sus fuentes propias, sus tabacos propios, etc., etc... Por otra parte, se da la orden a estas mismas fábricas de producir, aparte de sus productos, productos de uso corriente fuera del plan. Los directores de fábrica, el personal técnico y las células comunistas, ante todo, están obligados actualmente, digámoslo así, a romperse la cabeza para saber cómo, en la situación presente de la producción, crear una segunda, la cual, en cierto sentido, es una producción parasitaria. Las fábricas de automóviles fabrican tenedores y cucharas, o cepillos de ropa, o martillos, etc.

Estas dos ramas de la economía: «su propia» agricultura en la fábrica y su producción parasitaria al lado de su producción principal, se llevan a cabo no sólo fuera de los cuadros del plan, sino incluso minan sus fundamentos. Al lado de los *sovkhozes* y de los *kholkozes* integrales, se crea una economía agrícola de los *kustars* (artesanos), que consume mucho tiempo a los obreros y a las fábricas, así como también consume al Estado muchos recursos. Por otra parte, al margen del plan quinquenal se ha creado en las fábricas-gigantes una producción artesana (*kustars*) de productos de gran uso, totalmente a costa de las ramas del plan de la industria. La necesidad de una economía agrícola extraordinaria adherida a las fábricas y de una extraordinaria producción de «productos de gran uso», proviene de la situación catastrófica debida a la falta de ligazón entre la industria planificada y las economías agrícolas, tanto individuales como colectivizadas. La solución del problema no reside en ningún caso en las reparaciones de ocasión, en las construcciones, en los paliativos. Es necesario, con toda urgencia, examinar de nuevo los planes fundamentales y los métodos fundamentales de la economía, en el sentido de un suavizamiento de las desproporciones, a fin de llegar, en una cierta medida, a un cambio de mercancías entre la ciudad y el campo.

Ante todo, las medidas inmediatas que se imponen son:

1. Terminar categóricamente con la inflación. Estabilizar el *chervonetz* sobre una base real, estableciendo el presupuesto, incluso el de la industria, en el límite de las posibilidades reales de la economía. Hacer que el *chervonetz* tenga la posibilidad de cumplir su papel de arma de la contabilidad económica.

2. Negarse a toda conservación forzada de los *kholkozes* que no sean viables. Establecer toda una serie de medidas de carácter práctico, orientadas de tal manera que la descomposición de estos *kholkozes* en economías individuales no perjudique los intereses de los *kholkozes* pobres y no repercuta de un modo perjudicial sobre la situación en materias primas y en el aprovisionamiento del país.

3. Liquidar formal y abiertamente la política de la «liquidación administrativa del *kulak* como clase», que, de hecho, está minada por una serie de decretos de estos últimos años. Teniendo al mismo tiempo presente que el restablecimiento del comercio privado acelera, inevitablemente, y profundiza la diferenciación del campo, tanto en el seno de los *kholkozes* como entre los *kholkozes*. Introducir todo un sistema firmemente reflexionado, con medidas para limitar la actividad explotadora de los *kulaks*.

4. Colocar a los *kholkozes* más viables en condiciones técnicas y económicas, para que juntos con los *sovkhozes* puedan satisfacer ampliamente el aprovisionamiento de las ciudades e industrias.

5. Basar el segundo plan quinquenal en los resultados reales, y no falsificados, de la experiencia del primer plan quinquenal. Reconocer que las desproporciones económicas que precedían al plan quinquenal han sido profundizadas por él y que han adquirido un carácter amenazante. Hacer de la ligazón el criterio decisivo del plan quinquenal.

6. Calcular un coeficiente de aumento real, tanto para la industria en general como para las empresas individuales, y esto sobre la experiencia de los datos reales económicos y técnicos. El más importante elemento de cada plan quinquenal debe ser: I. Asegurar las empresas de una fuerza obrera suficientemente preparada. II. Asegurar a la fuerza obrera condiciones normales de existencia; y III. Alcanzar una standardización de la calidad que, en algunos procesos de la producción, se transforme en mercancías de desperdicio.

7. Uno de los más serios peligros que amenazan a la economía son los modos de cálculo y de estimación que van empeorando y la confianza que va disminuyendo, y que se puede tener por los diferentes datos estadísticos que están ligados con el plan quinquenal y en general con toda la situación económica del país. No se pueden deshacer las falsas estadísticas más que acabando de una vez para siempre con el sistema de las mentiras burocráticas. Sólo la democracia en el partido, en los sindicatos y en los soviets puede aclarar y sanear la atmósfera económica.

8. Rindiéndose perfecta cuenta de que la seria avalancha económica que nos amenaza sólo puede evitarse con el establecimiento de una política justa, y que ella favorecerá más o menos el nacimiento o reforzamiento provisional de tendencias burguesas que se desarrollen incluso en el seno de una cierta capa del proletariado. El renacimiento del partido bolchevique en calidad de vanguardia independiente del proletariado, es, en estas condiciones, una cuestión de vida o muerte para la dictadura del proletariado. Para realizar un cambio del curso económico es necesario, ante todo, desprenderse del régimen staliniano, que ahoga al partido y a la economía, y amenaza acabar con la dictadura.

Se debe recordar, a propósito de este extremo, cómo Lenin planteaba en su época *el problema de las concesiones*. Citaremos dos largos extractos que no recordamos que hayan sido repetidos estos últimos tiempos y que, sin embargo, aclaran maravillosamente bien el problema. «Si se lee—decía Lenin el 27 de noviembre de 1920 en la reunión de los secretarios de célula del radio de Moscú—y se relee el decreto de 23 de noviembre sobre las concesiones, veréis que SEÑALAMOS LA SIGNIFICACION DE LA ECONOMIA MUNDIAL, y lo hacemos deliberadamente. Pasamos sobre el plan económico y proponemos al mundo entero un programa serio de construcción. Transportamos el problema sobre el plano anticapitalista. Intervenimos y decimos: nos encargamos de construir el mundo entero sobre bases económicas racionalizadas. No hay duda de que esto es justo. No hay duda de que si sabemos trabajar como es necesario con las máquinas actuales, y con ayuda de la ciencia, se puede restablecer sin tardar toda la economía mundial.»

Y más adelante, en el mismo discurso, dijo: «Os hemos propuesto todo un programa mundial, examinando las concesiones desde el punto de vista de la economía mundial. Esto, económicamente, está fuera de todo género de dudas. Ni un ingeniero ni un agrónomo podrán, al plantear el problema de la economía mundial, contradecirlo. Y muchos capitalistas dicen: «No habrá sin Rusia un sistema de gobiernos capitalistas estable»; pero nosotros intervenimos con tal programa en calidad de constructores de toda la economía mundial sobre un plan nuevo... En nuestro decreto sobre las concesiones intervenimos en nombre de toda la Humanidad, con un programa económico irreprochable de restablecer las fuerzas económicas del mundo para la utilización de todos los intereses...»

Este modo de plantear el problema conviene a la actual situación mundial y es la aprobación completa de esta política sobre la cual, desde hace ya tres años, insiste la Oposición de Izquierda: poner por delante un plan quinquenal de colaboración con los países capitalistas más importantes, demostrando así, no con ayuda de la imaginación empírica, sino sobre la base de la experiencia rusa, que «si se trabaja de una manera adecuada con las máquinas actuales y con ayuda de la ciencia, se puede renovar sin tardar toda la economía mundial». Es evidente que nos disponemos a hacerlo no sobre las bases capitalistas, sino *sobre otro plan*, es decir, mediante una revolución socialista mundial.

Nos limitamos a dar estas rápidas ideas para la redacción de una plataforma, que precisa discusión y reflexión. La falta de democracia en el Partido repercute doblemente sobre la Oposición de Izquierda. En todo caso, creemos que la Oposición de Izquierda de la U. R. S. S. debe apresurarse a elaborar su opinión colectiva, por difícil que esto sea en las condiciones presentes.

Al mismo tiempo creemos que es el momento de declarar sin tardanza, abiertamente, en nombre de la Oposición de Izquierda, que más que nunca hemos estado y estamos dispuestos a dar a la actual fracción dirigente todo nuestro apoyo para defender al país contra todos los peligros y para sacarle de sus dificultades económicas presentes. Más de una vez hemos declarado que el sentimiento de venganza no es un sentimiento político. Nunca nos hemos guiado por él, y estamos dispuestos a perseverar en esta conducta. Es evidente que para la educación del Partido es necesario hacer una revisión y controlar la política llevada a cabo durante años por la dictadura fraccional de los stalinianos. Pero estamos dispuestos, por nuestra parte, a orientar este trabajo crítico con un fin de comprensión recíproca y de un acuerdo. Estamos dispuestos a entregar todas nuestras fuerzas para que el paso de este régimen malsano y totalmente insoportable a un régimen de democracia para el Partido, se efectúe con el mínimo de dificultades y de peligros, con el menor número de víctimas inútiles; en una palabra, con la menor pérdida de tiempo, que es para nosotros tan precioso. La cesación de la represión policíaca contra los bolcheviques leninistas, la liberación y el retorno de todos los encarcelados, deportados, expulsados, debe ser la primera señal en el camino del renacimiento del Partido leninista.

En nombre de un grupo de camaradas,

N. M.

Leningrado-Moscú, julio 1932.

La guerra en Hispanoamérica

Acerca del conflicto paraguayoboliviano

Hay una serie de retóricos pacifistas, socialistas, demócratas—y además de ellos toda la vacua profesión de fe sobre nuestros excepcionales destinos—que pretenden que rigen para este Continente leyes de «excepción histórica», en virtud de las cuales *aquí* no eran y no son posibles la explotación capitalista, las crisis económicas, la lucha de clases, ni, por descontado, la guerra. La realidad implacable refuta a todos los ergotizantes del capitalismo que sostienen a conciencia o inconscientemente tales enormidades, intentando eludir de una manera fantástica lo evidente. La guerra, con toda su trágica preponderancia concreta, tiene ya carácter de hecho en este «Nuevo Mundo, tierra de excepción».

El Chaco boreal se lo disputan con las armas en las manos dos naciones: Bolivia y Paraguay. Las hostilidades, escaramuzas, tomas de fortines, preparación militar de ambos países hace tiempo que han comenzado; pero la lucha ha adquirido caracteres intensos desde el 9 de septiembre, en que en torno a la toma del fortín Boquerón se libraron serios combates.

Tras estos países se hallan las fuerzas económicas del imperialismo internacional, principalmente de dos de sus sectores: Estados Unidos e Inglaterra. La zona en litigio tiene por pobladores a cincuenta mil indígenas, atrozmente explotados. Las riquezas de su suelo no son, ciertamente, de tal importancia como para inducir a la guerra a los pretendientes a su posesión. En dicha zona existe petróleo; pero, principalmente, su riqueza lo constituyen el tanino, las explotaciones forestales y las salinas. Más que en ello reside su importancia en que su posesión permitiría a Bolivia (a Paraguay, dueño actual, sólo le interesa conservarla) la franquicia para el transporte del petróleo, abundante en sus límites nacionales, evitándose impuestos aduaneros y fletes costosos por medio de una salida portuaria sobre el río Paraguay o de un ferrocarril a Brasil. Esto ha sido claramente expuesto por el presidente de Bolivia, Salamanca, al decir: «La nación necesita romper con la barrera que le impide el acceso a su litoral sobre el río Paraguay.» Conceptos éstos de exactitud relativa, porque en puridad debió decir: «La Standard Oil necesita una ruta expedita para el transporte del petróleo que extrae en nuestro país.»

El lado boliviano del Chaco es propiedad de dos Empresas poderosas: una de ellas inglesa, asentada en Laguna la Gayba, y de la Standard Oil. Del lado paraguayo son dueñas entidades argentinas, británicas e incluso norteamericanas. La magnitud de estos intereses es notoria, en cuanto se conocen datos como éstos: la Empresa argentina Casado posee mil leguas cuadradas en la región en conflicto, con un ferrocarril que se interna en ella 160 kilómetros. En «memorial de significación», las Compañías argentinas con intereses

en el lado paraguayo del Chaco se dirigieron al ministro argentino de Relaciones Exteriores reclamando extremara las medidas conciliatorias y afirmando, ante todo, la soberanía del Paraguay, y diciendo que de «los veintidós millones de hectáreas que comprende la totalidad del territorio, diez millones son de propiedad argentina, y que de los 140 millones que son la suma de capital en él invertido, 80 millones pertenecen a dichas Empresas».

Cerca de esas posesiones, al Norte y al Oeste, hay propiedades de la Chathan Phoenix, de Nueva York, y en Puerto Pinasco una Empresa yanqui ha construído un ferrocarril de cien kilómetros de extensión. Esta contradictoria trama económica conduce a una resultante lógica: a la política circunspecta y «pacifista» seguida hasta ahora por Paraguay y Argentina ante la Comisión de neutrales, que de una manera terminante es manejada en Wáshington por los Estados Unidos, como ha demostrado en el Congreso argentino un senador de la oposición. Lo que también niega, a la vez, la relación automática que entre economía y política establece el comunismo oficial argentino, al dar por incondicionalmente sometidos siempre a un determinado sector imperialista a cada uno de los partidos políticos de la burguesía nacional. La Argentina lanzó—a sugestión de Stimson, secretario de los Estados Unidos—la teoría (una más entre las cien «doctrinas americanas») de no reconocer territorios «anexionados por la fuerza». La doble presión del imperialismo yanqui y del británico le obliga y le permite representar esta elegante farsa pacifista, tan grata a los ridículos iluminados democráticos y socialistas del tipo de Alfredo Palacios.

La belicosidad boliviana se debe, aparte de a la presión del capitalismo financiero, a causas de índole interna. La burguesía boliviana, su Estado, están financieramente exhaustos; sus aduanas, Bancos, minas, ferrocarriles, sus rentas en general, están sometidas al control de Comisiones financieras yanquis, que se cobran de este modo sus préstamos. La baja vertiginosa de los precios del estaño y del nitrato en el mercado mundial, sin la mínima esperanza de alza, obligan aún más a la burguesía de Bolivia a encontrar una salida para buscar nuevas riquezas, mediante la guerra, en la conquista del Chaco. Patino, millonario dueño de minas de estaño, ha provisto de aviones al ejército de su país.

Naturalmente, estamos muy distantes de dar una interpretación particularista a esta guerra. La característica principal de la actual época imperialista es el carácter mundial de la economía, y, subsiguientemente, de la política. Nada queda reducido en los límites nacionales. Es en este sentido como consideramos que el conflicto del Chaco es un conflicto más, sobre una escala internacional, de la guerra imperialista y de la guerra contra la Unión Soviética. Pero además, y principalmente, queremos deducir de ello lo siguiente: que la relación económica es tan estrecha, tan íntima la interdependencia política entre las naciones del mundo, que a este estado de guerra entre Bolivia y Paraguay no serán independientes, sino que tendrán participación en él los más importantes países de América, o sean Argentina, Brasil y Chile, que integran el famoso tríptico A. B. C., interesados por motivos particulares y por razón de su dependencia financiera del imperialismo. Aquella serie de intereses a que nos hemos referido *obligan* a la burguesía de nuestro país (Argentina) a una participación activa en el asunto, siendo como es de las más afectadas. El ministro argentino Saavedra Lamas lo confesó, aunque de manera poco categórica, en el Senado: «Somos vecinos en la posible repercusión de los acontecimientos.»

Pero la posición de aquélla es dificilísima por cuanto que se halla sometida a la doble presión de las fuerzas en disputa. Por un lado, la Standard Oil, dueña del norte petrolífero argentino, colindante con la parte en litigio; por otro lado, las Empresas argentinas e inglesas, que se manifiestan claramente en favor del Paraguay y promotoras en el periodismo burgués argentino de una enconada campaña patriotera por la «causa» de ese país. Durante mucho tiempo, una Comisión militar argentina instruyó a la oficialidad del Ejército paraguayo; el jefe de dicha Comisión ha sido ahora designado agregado militar en Asunción. El Gobierno argentino acaba de destinar contingentes de tropas a vigilar en Salta la frontera con Bolivia. Brasil tiene interés en la guerra porque desea la construcción de un ferrocarril que una el Chaco con uno de sus puertos. En cuanto a Chile, el ministro boliviano de Relaciones Exteriores estuvo, en pleno conflicto, de visita en Santiago de Chile, tratando de obtener el apoyo del Gobierno de ese país para el traslado de armamentos por la vía Arica y Antofagasta.

* * *

Este es nuestro análisis de las causas de la guerra. Las proyecciones de este conflicto se deducen de lo dicho y están sometidas a dos trayectorias: la intensificación de la guerra por imposición del capitalismo, escudado en estos países, o su postergación—sólo su postergación—por la intervención de la Argentina y tal vez de los países neutrales, a su vez movidos por el complejo económico antes expuesto. De todas las maneras, la continuación del conflicto es inevitable y en él se verá intervenir a toda América, directa o solapadamente.

No puede decirse que el Partido Comunista oficial argentino haya escatimado su atención al asunto. Lo ha hecho, sin embargo, erróneamente. Se ha limitado a lanzar grandes consignas ultrarradicales que no corresponden a la situación y menos a la fuerza real del Partido, tales como «el derrocamiento del Gobierno burgués y su substitución por el de obreros y campesinos, asentado en los Consejos de obreros, campesinos y soldados». El Partido se ha limitado a agitar en el vacío su infantil radicalismo con propuestas de frente único, no de organización a organización, sino a base de epítetos y confundiendo al proletariado y contradiciéndose al propugnar el sometimiento del proletariado revolucionario a los resultados del Congreso de Rolland-Barbusse, al pacifismo ingenuo y espiritualista de los mismos. El Partido oficial es en la Argentina, aparte las fundamentales razones internacionales, particularmente inepto y confusionista, características que resaltan más ante la difícil situación política nacional y acontecimientos próximos de tanta magnitud como la guerra.

A. Gallo.

Buenos Aires, 14 de septiembre de 1932.

Tesis sindical de la Izquierda Comunista Española

I. La clase obrera española atraviesa una situación económica verdaderamente crítica y desesperada, como consecuencia de la crisis económica del capitalismo mundial, que no podía por menos de dejar sentir sus efectos en España y crear una situación económica sin precedentes en la historia. Como consecuencia de ello el paro forzoso y sus fatales consecuencias (la miseria y el hambre en los hogares proletarios) se dejan sentir de una manera espantosa en los medios obreros y campesinos, afectando total o parcialmente a cerca de dos millones de trabajadores industriales y agrícolas. Por otro lado, la reducción de salarios y la carestía de las subsistencias viene a agravar el problema, dificultando las posibilidades de compra del obrero que aun tiene la suerte de trabajar y dándole un aspecto verdaderamene pavoroso y trágico.

II. La situación se ha agravado sensiblemente en la época posterior a la proclamación de la República. Las masas obreras han reaccionado espontáneamente contra la situación en manifestación imponente de huelgas y movimientos enérgicos no solamente contra el capital organizado, sino también contra las instituciones que sirven de sostén coercitivo del mismo. Pero como contrapeso de la acción defensiva del proletariado hemos visto producirse las traiciones sin cuento de los jefes socialdemócratas, la cobardía y la vacilación de los jefes reformistas de la C. N. T., que conjuntamente han desarmado al proletariado ante su enemigo de clase. Carentes de dirección, las masas obreras no han sabido llevar la lucha hasta sus últimas consecuencias. La depresión del movimiento obrero es una consecuencia lógica de esa situación misma de la clase trabajadora, de la incapacidad manifiesta de las organizaciones del proletariado para hacer frente a la crisis, de las traiciones y de las cobardías de los jefes.

III. La Unión General de Trabajadores por mediación de sus jefes socialistas ha quedado convertida en una organización colaboracionista y gubernamental burguesa. La U. G. T. figura en la extrema derecha de la Internacional Sindical de Amsterdam, por su espíritu colaboracionista en todos los regímenes y en todo momento, desde la dictadura de Primo de Rivera a la República, pasando por el gobierno de Berenguer. La clase obrera industrial (y en parte también las organizaciones de trabajadores de la tierra) va dándose cuenta del papel repugnante y de las traiciones que sus jefes hacen jugar a sus respectivas organizaciones. Pero no saben cuál es el camino a seguir, porque nadie se lo ha trazado, y las demás organizaciones existentes (C. N. T. y sindicatos autónomos) no saben conquistar su confianza ni son para ellas garantía suficiente ni por su actuación ni por su programa. La base de la fuerza de los sindicatos reformistas de la U. G. T. radica en el aparato burocrático y en los propios organismos de la colaboración de clases. Los trabajadores al no poseer una organización que en lucha de clases abierta y cruda logre arrancar mejoras a la clase patronal, aunque disgustada de la labor traidora y colaboradora de los jefes socialrefomistas, ven en los organismos de colaboración (Jurados mixtos, Comités de

arbitraje, Comisiones de clasificación profesional, etc.) un instrumento por medio del cual logran determinadas aunque temporales mejoras. Destruir esa pequeña ilusión en las masas que aun siguen en la U. G. T. presupone poseer una organización sindical revolucionaria que en el terreno de la lucha de clases sepa defender las reivindicaciones de la clase trabajadora. Esta consigna va paralelamente ligada a la destrucción de la influencia socialreformista en los medios obreros.

IV. Una de las principales tareas de los comunistas que militan en la U. G. T. consiste en luchar contra la orientación colaboracionista que los jefes dan a la organización. Para ello es necesario prescindir del lenguaje demagógico y falso e ir directamente a las masas de dichas organizaciones, a los sindicatos ugetistas, a denunciar el papel nocivo a los intereses de los trabajadores que sus jefes desempeñan en los organismos de colaboración; a exponer también cómo los obreros solamente pueden y deben confiar la solución de sus problemas a organismos que practiquen abiertamente la lucha de clases. Levantarse a defender estas concepciones dentro de la U. G. T. es tarea verdaderamente difícil. El enorme aparato burocrático reformista, que se basa por completo en esos organismos de colaboración, hará todo lo posible por deshacerse de quienes tal cosa pretendan. Los jefes de la U. G. T. han demostrado en multitud de ocasiones que son capaces de llegar a destruir las organizaciones para deshacerse de quienes se oponen a su colaboracionismo. Rodeados y amparados en la gran aristocracia obrera, que forma el grupo principal de la U. G. T. (empleados, intelectuales, obreros municipales y del Estado, burocracia, etc.), excluyen de los sindicatos a quienes critican su colaboracionismo e incluso a los sindicatos que los hacen. No hay que esperar tolerancia de los jefes para quienes muestran su disconformidad con su actuación. Pero esto no puede ser motivo para que los comunistas dejen de actuar en la U. G. T. y menos para que en ella causen baja voluntaria. Por el contrario, tienen el deber ineludible de luchar por la orientación revolucionaria y clasista de los sindicatos, por la unificación de las fuerzas sindicales.

V. Los comunistas y sindicatos influenciados por ellos que sean excluídos de la U. G. T. por los jefes reformistas no deben ni pueden adoptar una actitud de autonomía. La única manera de luchar contra la situación actual del proletariado español, contra el paro y la miseria, contra la represión gubernamental, contra las traiciones y la cobardía de los jefes, es preconizar y defender la unidad sindical; es también una exigencia de las luchas sociales actuales y una necesidad ineludible para hacer frente a nuestros enemigos de clase. La autonomía sindical, nacional o internacionalmente, es el suicidio del movimiento obrero y un crimen contra el proletariado; la creación de nuevas centrales sindicales al margen de las ya existentes es realizar la escisión, manifestar una enorme impotencia para defender una idea y un crimen imperdonable.

VI. Los sindicatos autónomos, los que ya existen y los que sean lanzados a la autonomía por los jefes socialreformistas, tienen el deber de continuar luchando por la unidad sindical. Pedir el reingreso en la U. G. T. sería infantil, puesto que allí resulta imposible, por los motivos señalados, intentar volver para defender la unidad y la lucha de clases. Queda el recurso de ingresar en la C. N. T. para, aprovechando el espíritu revolucionario de las masas que la integran, hacer de dicho organismo un arma de lucha eficaz y revolucionaria que en el terreno sindical responda a las exigencias del

período actual de la lucha de clases. La C. N. T., a pesar de la cobardía y la desorientación manifiesta de sus jefes, aun careciendo de un programa revolucionario claro y concreto, a pesar de sus errores y defectos, pese al desconcierto interno que hoy padece (producido por rivalidades personales y también porque las masas que han ido a la C. N. T., confiadas en que ésta había de saber hacer frente a la actual situación, han desbordado primero a sus jefes y después, viendo la incapacidad de la misma, se desilusionan y desmoralizan), posee una gran tradición y una fuerza clasista combativa y revolucionaria que, bien orientada y utilizada, puede ser la organización sindical revolucionaria modelo que necesita el proletariado español. La C. N. T. es una potente organización sindical revolucionaria cuyo brillante historial de luchas y victorias debe tenerse muy en cuenta. Constituye la base para que sobre ella se realice la unidad sindical del proletariado español. Los sindicatos autónomos, los que sean excluídos de la U. G. T. y los que se constituyan deben solicitar su ingreso inmediato en la C. N. T. y desde ella trabajar por la unidad sindical del proletariado español.

VII. Proponer la unidad sindical de la clase obrera española basándola en la fusión de la U. G. T. y la C. N. T. y confiar en su realización es cosa totalmente infantil. Ya se ha hecho la experiencia, que los jefes de la U. G. T. pagan con la expulsión fulminante del militante u organización que tal hacen. Pero el deber de los comunistas y obreros revolucionarios que militan en la U. G. T. consiste en luchar dentro de la misma por la realización de la unidad, aunque ya sabemos que pagarán su actuación siendo expulsados. Entonces hay que ir a la C. N. T. La clase obrera sería engañada si se la dice que la unidad sindical es realizable por la fusión de las dos centrales sindicales existentes, como lo sería si dijéramos que en la C. N. T. se realiza la unidad desde el momento que en ella se ingresa. Hay que ir a la C. N. T. a trabajar por conseguirla. La composición social de la U. G. T., integrada principalmente por la aristocracia obrera antes mencionada, repudia y rechaza una unidad que sólo puede ser basada en el principio de lucha de clases. Los obreros españoles saben perfectamente que es imposible la realización de la unidad sindical sobre la base de la fusión de la U. G. T. y la C. N. T. Internacionalmente la U. G. T. es una organización casi original en la que el elemento esencialmente obrero juega un papel de segundo orden. Las fuerzas motrices de la U. G. T. están integradas por la aristocracia del trabajo. Estas fuerzas se oponen y se opondrán siempre a la unidad sindical y la lucha de clases porque con ello defienden sus intereses creados. No obstante, hay en la U. G. T. millares de obreros que quieren la unidad, que no la comprenden muy bien y que hay que explicársela, que son impotentes ante el bloque constituído por los elementos antes mencionados. Esos millares de obreros serán excluídos de la U. G. T. cuando sepan claramente que sus intereses de clase sólo pueden ser defendidos aplicando la táctica de lucha de clases, para la que necesitamos la unión de todos los trabajadores, y cuando se decidan a defender la idea de la unidad sindical, cuando siempre que se plantee un conflicto a un sindicato determinado los componentes de la organización de la U. G. T. propongan la unidad circunstancial con los de la C. N. T. y cuando propongan que esa unión circunstancial se convierta en definitiva. A esos obreros, que serán excluídos, hay que decirles que su puesto está en la C. N. T., pero no hay que engañarles diciéndoles que con ese solo gesto realizan la unidad sindical de una manera total.

VIII. El sectarismo anarquista, su pretensión autoritaria de querer monopolizar la dirección de la C. N. T., es otro de los obstáculos que con mayor pujanza se oponen a la realización de la unidad sindical, como se opone a la transformación de la C. N. T. en una organización sindical modernamente estructurada. También los anarquistas excluyen de la C. N. T. a quienes no están conformes con sus puntos de vista. Sindicatos enteros han sido excluídos en esas condiciones. Los obreros revolucionarios sinceros deben luchar, dentro y fuera de la organización confederal, por la reintegración en el seno de la C. N. T. de todos los sindicatos y militantes excluídos por cuestiones de tendencias. Deben también batallar por la anulación de los acuerdos absurdos del último Congreso de la C. N. T., acuerdos por los cuales se excluye del seno de la organización al militante que, no compartiendo los puntos de vista de los anarquistas, estima que, una vez cumplidos sus deberes sindicales, fuera del sindicato puede pertenecer a la organización política que estime conveniente y aceptar la disciplina y obligaciones de ésta.

IX. El sindicato es la agrupación de todos los trabajadores, sin distinción de tendencias, que estiman necesaria la lucha de clases para defenderse contra la explotación capitalista y luchar por la total emancipación de la clase obrera. Para ingresar en un sindicato solamente se exige del militante la aceptación de los principios elementales. Puede ser el interesado comunista, anarquista, sindicalista, socialista, etc. Por eso la pretensión anarquista de querer someter a la aceptación de su credo a todos los componentes de la C. N. T. conduce a la disgregación y al sectarismo de la misma. Los obreros revolucionarios deben luchar por evitarlo, deben esforzarse por conseguir que la C. N. T. sea la organización sindical del proletariado revolucionario español unificado, por dotarla de una disciplina obligatoria para todos; pero no puede exigir de sus componentes una manera uniforme de pensar y ver las cosas, porque eso va en contra, precisamente, de los principios anarquistas.

X. El hecho de ser excluído de la C. N. T. no justifica, ni puede justificar, la idea de crear una nueva central sindical y menos aún si la idea nace y se da la consigna antes de pronunciarse la exclusión. Es el caso de la Conferencia Nacional de Reconstrucción de la C. N. T., celebrada en Sevilla, de la creación del Comité de Reconstrucción (combatido después por sus inspiradores, los dirigentes de la Internacional Comunista, como «uno de los mayores errores del Partido Comunista de España») y de los repetidos intentos de crear una nueva central sindical convocando conferencias tituladas de unidad que de antemano encarnan la escisión puesto que son convocadas al margen de las organizaciones sindicales existentes. Mal puede realizarse la unidad de una cosa cuando ésta está ausente; mal pueden unirse los sindicatos si quienes tal pretenden obran al margen de los sindicatos y contra la voluntad de los sindicatos mismos. Aunque se le dé el título que se quiera, aunque se empleen palabras de unidad, lo que realizan quienes así proceden es la escisión sindical. Proceder así cuando la situación exige la unión inmediata es ir en contra del interés general de la clase trabajadora y realizar una labor totalmente anticomunista. Hay que ir a los sindicatos a trabajar en su seno por la unidad sindical, a persuadir a sus componentes de la necesidad y la posibilidad de la unidad, a explicar lo que la unidad sindical es y representa para la clase trabajadora. Hacer lo contrario es trabajar contra la unidad y obstaculizar seriamente la acción revolucionaria del proletariado.

XI. Uno de los elementos indispensables para la realización de la unidad sindical y una de los armas más eficaces de la clase trabajadora en su lucha contra la moderna organización del capitalismo y contra los organismos de colaboración de clases la constituyen los Comités de fábrica, obra, mina, taller, etc. Los Comités de fábrica constituyen la organización modelo del proletariado sobre la que puede basarse toda su acción directa contra el capitalismo; el Comité de fábrica agrupa a todos los trabajadores, sindicados o no, y es el organismo representativo del proletariado en la lucha directa contra el burgués explotador; el Comité de fábrica es la anulación de los Jurados mixtos y de los organismos de colaboración, es la anulación de la influencia reformista en los medios obreros, es la suplantación de la influencia reformista por la lucha de clases, es la resolución directa de los conflictos entre el capital y el trabajo; el Comité de fábrica es la demostración neta de la posibilidad de la unidad sindical; el Comité de fábrica es la escuela que educa al nuevo militante sindical y un eficaz organismo de reclutamiento de nuevos miembros de los sindicatos; el Comité de fábrica es el organismo que reclama y realiza el control obrero de la producción, con lo que el proletariado consigue su control sobre la producción burguesa y, lo que es mucho más importante, su capacitación revolucionaria para la realización de la misión que al sindicato compete tanto en el régimen burgués como en el proletario. El control obrero de la producción es una de las consignas por la que con más intensidad debe luchar el proletariado sindicado, control obrero que debe ser ejercido por los Comités de fábrica y que ha de ser un arma eficacísima contra la caricatura de control preconizada por Largo Caballero.

XII. Los sindicatos deben prestar una gran atención al problema de los parados. Estos constituyen una gran fuerza revolucionaria que cada día aumenta en cantidad y en espíritu rebelde. Pero es necesario que la acción de los parados sea ligada a la de los obreros que trabajan. Los intereses de unos y otros son idénticos. En los momentos presentes el obrero que trabaja está constantemente expuesto al paro. Pero, aparte esas consideraciones secundarias, está la cuestión de que la defensa de los intereses de los parados sólo puede llevarla a cabo el sindicato y de común acuerdo con los obreros que trabajan. No hay por qué crear organizaciones independientes de parados puesto que la lucha de los obreros sin trabajo es un aspecto de lucha diaria entre el capital y el trabajo. Los obreros parados no constituyen una «profesión» ni tienen tareas particulares que realizar y que requieran la organización de organismos independientes. Son los sindicatos los que tienen el deber de defender los intereses de sus respectivos afiliados en paro forzoso y todos los sindicatos en conjunto los que deben ocuparse del problema del paro y de la acción conjunta de los obreros parados y de los que trabajan.

XIII. La organización sindical revolucionaria debe ser organizada sobre la base de federaciones de industria, una forma que corresponde a las necesidades de la lucha contra el capitalismo organizado. Las organizaciones de oficio son totalmente ineficaces y deben transformarse inmediatamente, allí donde existen, en esas organizaciones que hemos indicado, organismos que no basta que tengan un carácter local, sino que han de tenerle nacional e internacional, puesto que internacional es la organización capitalista a la que hay que hacer frente. Hay que hacer que la C. N. T. preste a este problema, como a la organización de Comités de fábrica, la atención que merecen y que inmediatamente se vaya a su creación y robustecimiento.

XIV. El sindicato revolucionario no puede limitarse a defender la idea tradeunionista, que consiste únicamente en luchar por la conquista de mejoras inmediatas de carácter económico y moral; tampoco puede manifestarse por la conquista de la emancipación de la clase obrera. Y sería totalmente pueril creer que la misión del sindicato ha de ser totalmente «independiente» y apolítica, absolutamente apolítica. El sindicato revolucionario ha de tener presente que la lucha contra el capitalismo ha de ser conducida y realizada en una escala general contra el capitalismo (en los lugares de trabajo) y contra sus órganos de sostén (el Estado con todas sus filiales); lo que, claramente hablando, se denomina terreno político. Creer que al capitalismo se le vence atacándole solamente en el terreno que los anarquistas llaman económico, sin tener en cuenta el aspecto «político» del problema, que es el sostén mismo del régimen burgués, es tanto como querer derribar un árbol corpulento cortándole la copa. El deber del sindicato revolucionario consiste en atacar al enemigo de clase en el propio terreno del enemigo y en todos sus aspectos. No hacerlo, dejar libre al enemigo para maniobrar, es exponernos a sufrir duras derrotas. La experiencia del pasado nos lo enseña, y no es de revolucionarios, ni mucho menos, cerrar los ojos al pasado, rico en enseñanzas. No se trata, y eso debe tenerse en cuenta, de defender intereses partidistas más o menos amplios, sino de defender los intereses generales de la clase trabajadora por ella misma.

El proletariado español tiene ante sí una enorme perspectiva revolucionaria, a pesar de la actual y pasajera depresión del movimiento obrero. Existen los elementos revolucionarios necesarios para hacer una fuerte organización sindical; la C. N. T. constituye la base para ello. Hay que trabajar honrada pero valientemente porque la C. N. T. cumpla con su deber, pero dentro de la C. N. T. Pronto volverán a resurgir las luchas obreras; las condiciones objetivas que provocaron las anteriores no han desaparecido, sino que, por el contrario, se han agudizado. Es necesario que el proletariado español se apresure a reforzar sus organizaciones sindicales y a dotar de la estructura y la flexibilidad necesaria para hacer frente a las circunstancias. No hacerlo así será tanto como dar por perdida la partida y aceptar ser aplastado por el capitalismo.

Imp. Pueyo.—Luna, 29.

Gran rifa a favor de la Prensa y propaganda de la Izquierda Comunista Española

Con objeto de ayudar económicamente a la Prensa y la propaganda de la Izquierda Comunista Española, hemos organizado una gran rifa de las mejores obras marxistas en combinación con el sorteo de Navidad de la Lotería Nacional. El resultado de este sorteo nos permitirá subvenir a las necesidades más perentorias económicas de nuestra organización, principalmente la reaparición de nuestro órgano central, EL SOVIET, y el celebrar algunos actos en distintos sitios de España donde se requiere nuestra propaganda.

Los premios que se distribuirán serán los siguientes: al que posea el número igual al del premio mayor del sorteo se le entregarán todas las obras, en su edición de lujo, publicadas en castellano, de Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Al segundo premio, todas las obras de Trotsky; al tercero, todas las de Marx y Engels, y al cuarto, todas las de Lenin. A todos los que posean los números correspondientes a los demás premios mayores, incluso los de 25.000 pesetas, se les entregará una colección de los veinte folletos editados por Ediciones Comunismo. Cada papeleta contendrá tres números, y el precio de la papeleta será de treinta céntimos.

Hemos remitido a todos los grupos de la Izquierda Comunista de España una circular para que nos hagan el pedido de las papeletas que crean puedan vender. Si algún grupo no la ha recibido, puede darse por enterado y enviarnos nota de su pedido. Igualmente pueden hacer los camaradas simpatizantes y suscriptores de la Revista, a los que nos dirigimos muy especialmente para que contribuyan con su aportación a esta gran rifa de obras. La petición no se limita a que adquieran unas papeletas, sino deseamos que procuren vender todas las más posibles entre sus amigos y conocidos. Dada la calidad de los regalos, nuestros militantes tienen ocasión de colocar buena cantidad de ellas entre los camaradas del Partido. A nuestros camaradas de América, y a consecuencia de la distancia, sin aguardar sus pedidos, les remitiremos un número prudencial de papeletas, que esperamos harán todo lo posible por colocar.

El mayor deseo de todos nuestros camaradas es seguramente poseer una biblioteca de todas las obras fundamentales del marxismo. El precio elevado de ellas hace imposible su adquisición para los trabajadores. Nosotros les ofrecemos una buena oportunidad de poseerlas sólo por el precio de treinta céntimos.

En las mismas papeletas, con los números de la rifa, se dan todos los detalles de las mismas y establecen las condiciones. Todos los pedidos deben dirigirse a: F. García, Apartado de Correos 918, Madrid. Los giros deben enviarse a: F. García, Cabeza, 30, Madrid. (En caso de remitirse cheque debe hacerse siempre a nombre de F. García Lavid, y nunca de «Henri Lacroize». Siendo éste un seudónimo literario de nuestro camarada García Lavid, con frecuencia surgen dificultades para el cobro de los cheques a este nombre, por no poder justificar su personalidad en el Banco.)

APRESURAOS A HACER VUESTROS PEDIDOS DE PAPELETAS PARA LA RIFA A FAVOR DE LA PRENSA Y PROPAGANDA DE LA IZQUIERDA COMUNISTA ESPAÑOLA.

DE PALPITANTE ACTUALIDAD

Y AHORA

¿Quién vencerá en Alemania? ¿El fascismo o el comunismo?

Por LEON TROTSKY

90 páginas, 1,50 pesetas

El desarrollo de los acontecimientos políticos alemanes llena en la actualidad la curiosidad de todo militante revolucionario. ¿Cuál es la táctica que sigue el Partido Comunista alemán? ¿Cómo derrotar sobre el terreno de los hechos a la socialdemocracia? ¿Cómo hacer frente a las bandas hitlerianas? A todos estos problemas contesta Trotsky en este interesante trabajo de cerca de cien páginas de apretado texto.

SUMARIO

Prefacio.—La socialdemocracia.—Democracia y fascismo.—El ultimatismo burocrático.—Los zigzags de los stalinianos en la cuestión del frente único.—Repaso histórico sobre el frente único.—Las lecciones de la experiencia rusa.—La experiencia italiana.—Por el frente único en los soviets como órgano supremo de frente único.—El partido socialista obrero.—El centrismo en general y el centrismo de la burocracia staliniana.—Las contradicciones entre los éxitos económicos de la U. R. S. S. y la burocracia del régimen.—Los brandlerianos y la burocracia staliniana.—La estrategia de las huelgas.—El control obrero y la colaboración con la U. R. S. S.—¿La situación es desesperada?—Conclusiones.

Todos los comunistas deben leer y propagar este interesantísimo libro.

Los pedidos a EDICIONES COMUNISMO, Apartado 918. Y los giros a F. García, Cabeza, 30. - Madrid